

EL
DÍA DE REPOSO
CRISTIANO

© 1997 Iglesia de Dios Unida, *una Asociación Internacional*
Reservados todos los derechos.

Salvo indicación contraria, las citas bíblicas son de
la versión Reina-Valera, revisión de 1960.

Advertencia: Con el propósito de facilitar la comprensión del
tema de esta publicación, en la mayoría de las citas donde la
versión Reina-Valera emplea la expresión *día de reposo*,
nos hemos permitido sustituirla por *sábado*,
término más claro y preciso.

El lector notará también el uso de *el Eterno* en lugar del
término *Jehová* que aparece en algunas ediciones de la Biblia.
La palabra *Jehová* es una adaptación inexacta al español del
nombre hebreo YHVH, que en opinión de muchos eruditos
está relacionado con el verbo *ser*. En algunas Biblias este
nombre aparece traducido como *Señor*, *Yahveh*, *Yavé*, etc.
En nuestras publicaciones hemos empleado la expresión
el Eterno, por considerar que refleja más claramente
el carácter imperecedero e inmutable del gran Creador,
el que “habita la eternidad” (Isaías 57:15).

Contenido

Prólogo	1
<i>Capítulo I</i>	
En el principio	3
<i>Capítulo II</i>	
Jesucristo y el sábado	12
<i>Capítulo III</i>	
¿Fue cambiado el sábado en el Nuevo Testamento?	31
<i>Capítulo IV</i>	
El sábado de Dios en el mundo actual	55

Recuadros especiales

¿Cuándo se debe guardar el sábado?.....	6
¿Cuál es el día que Dios ha santificado?	8
¿En qué consiste el legalismo?	16
El domingo en el Nuevo Testamento	34
¿Fue abolida la ley de Dios en el Nuevo Testamento?.....	42
¿Por qué el mandamiento de guardar el sábado no se repite en el Nuevo Testamento?.....	47
‘Queda un reposo sabático’	50
¿En qué consiste la verdadera adoración?.....	56
El sábado en el mundo venidero	61

Prólogo

En los últimos años la sociedad ha sufrido cambios increíbles. Todo el mundo parece vivir a un ritmo vertiginoso tratando de cumplir con todas sus obligaciones. Los avances tecnológicos que en un tiempo creímos que nos iban a brindar mucho tiempo libre, de hecho han venido a complicar más las cosas debido al afán que sentimos de mantenernos a la par con su desarrollo.

Corremos desesperadamente de un lado para otro y nos sentimos desconectados de todo: de nuestro cónyuge, de nuestra familia, de todo lo que nos rodea. Y lo que es más importante, nos sentimos desconectados de Dios.

El Ser Supremo que creó el universo y a cada uno de nosotros, nos revela su verdad y su instrucción (2 Timoteo 3:15-17; Juan 17:17), enseñándonos lo que necesitamos conocer acerca del propósito de nuestra existencia: por qué estamos aquí y hacia dónde vamos. Por encima de todo, nos dice cómo debemos vivir.

En su Palabra inspirada —la Biblia— Dios nos enseña que hace muchos años le dio a un pueblo una serie de leyes con la promesa de que sería bendecido si las obedecía: “Andad en todo el camino que el Eterno vuestro Dios os ha mandado, para que viváis y os vaya bien, y tengáis largos días en la tierra que habéis de poseer” (Deuteronomio 5:33).

La ley promulgada por Dios está resumida en los Diez Mandamientos, los cuales son la guía básica que nos muestra cómo debemos vivir, cómo relacionarnos correctamente con nuestro Creador y con nuestros semejantes.

El mandamiento que casi universalmente ha sido tergiversado y mal aplicado es el que dice: “Acuérdate del sábado para santificarlo” (Éxodo 20:8). Muchas personas consideran el sábado como una curiosa reliquia de la historia; tal vez alguna idea bien intencionada del pasado, pero totalmente impracticable en el ajetreado mundo de hoy. Otros creen que el día de reposo cristiano es el domingo, y que al acudir una o dos horas a los servicios religiosos en la mañana del primer día de la semana se está cumpliendo con el propósito del mandamiento del sábado.

Otros piensan que Jesucristo abolió el día de reposo, es decir, la necesidad de santificar algún día en particular, y que cualquier momento que escojamos para adorar a Dios es santo.

Las opiniones y preguntas acerca de este tema parecieran no tener fin. ¿Guardó Jesucristo el sábado porque era judío, o transgredió el mandamiento del sábado y por eso los dirigentes religiosos quisieron matarlo? ¿Demostró el apóstol Pablo, el que escribió el mayor número de libros del Nuevo Testamento, que el sábado no era obligatorio para los cristianos, o reafirmó la validez de su observancia?

En la Iglesia del Nuevo Testamento, ¿fue condenado y cambiado el sábado o, por el contrario, fue reafirmado? ¿Santificó Dios el sábado en el momento de la creación de Adán y Eva, o lo hizo casi 2.000 años más tarde cuando el pueblo de Israel salió de Egipto? ¿Fue cambiado el día de reposo del séptimo día de la semana a otro día? Y si así fue, ¿cuándo ocurrió el cambio y quién lo autorizó?

¿Por qué apartó Dios un día especial de descanso? Si tuvo un propósito al hacerlo, ¿cuál fue? ¿Tiene sentido guardarlo en el mundo actual? ¿Tiene el sábado alguna trascendencia para la humanidad? Las preguntas se hacen interminables.

¿Por qué existe tanta confusión acerca de uno de los 10 principios fundamentales que Dios reveló para guiar a la humanidad? ¿Por qué hay tanta controversia en torno a este precepto cuando la inmensa mayoría de las personas, incluso dirigentes religiosos, no tienen dudas acerca de los otros nueve?

Existen respuestas para todos estos interrogantes y no es difícil encontrarlas, porque se encuentran en la Biblia. En esta publicación responderemos a los interrogantes fundamentales. Únase a nosotros en nuestro recorrido por las páginas de la Biblia para descubrir el verdadero significado del día de reposo de Dios: el sábado.

En el principio

“Y acabó Dios en el día séptimo la obra que hizo; y reposó en el día séptimo de toda la obra que hizo. Y bendijo Dios al día séptimo, y lo santificó, porque en él reposó de toda la obra que había hecho en la creación” (Génesis 2:2-3).

Cuando pensamos en el sábado, frecuentemente pensamos en los Diez Mandamientos dados por Dios a Israel después de que los librara de la esclavitud de Egipto. Los sucesos de ese período de la historia de Israel fueron extraordinarios. Ocurrió una serie de acontecimientos milagrosos: las plagas sobre Egipto, la muerte de todos los primogénitos de los egipcios, el paso del mar Rojo, el maná que descendía del cielo, y las tablas de piedra escritas con los Diez Mandamientos que Dios le dio a Moisés.

Todos estos sucesos enmarcaron el dramático nacimiento de una nueva nación. Y en medio de todos estos asombrosos acontecimientos Dios exhortó a la nación recién formada a recordar algo: “Acuérdate del sábado para santificarlo” (Éxodo 20:8), y además les recordó la creación: “Porque en seis días hizo el Eterno los cielos y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por tanto, el Eterno bendijo el sábado y lo santificó” (vers. 11).

El mandamiento del sábado encierra un propósito espiritual muy importante. Le recuerda al pueblo de Dios que Dios es el Creador. Es necesario que cada semana recordemos que existe un Ser Supremo con poder y autoridad absolutos, que gobierna nuestra vida y que rige sobre

toda la humanidad. Dios sabía que quienes guardaran el sábado siempre tendrían presente este hecho fundamental.

Revelado por medio de milagros

Dios hizo evidente la importancia del sábado aun antes de dar los Diez Mandamientos a la nación de Israel. Por ejemplo, después de cruzar el mar Rojo y de presenciar la destrucción de los ejércitos del faraón, Israel entró en el desierto de la península del Sinaí. En pocos días, las reservas de alimentos que habían traído de Egipto se agotaron; entonces dijeron a Moisés: “Nos habéis sacado a este desierto para matar de hambre a toda esta multitud” (Éxodo 16:3).

Empero, Dios lo tenía todo planeado y prometió enviarles maná, un alimento milagroso que los sustentaría y mantendría todo el tiempo que estuvieran en el desierto (vers. 4, 15-18). Pero Dios les dio una condición: Les enviaría el maná durante seis de los siete días de la semana; en el sexto día les mandaría el doble, pero en el sábado no les enviaría nada (vers. 5, 22). Moisés explicó a la gente lo que Dios le había dicho: “Mañana es el santo día de reposo, el reposo consagrado al Eterno; lo que habéis de cocer, cocedlo hoy, y lo que habéis de cocinar, cocinadlo; y todo lo que os sobrare, guardadlo para mañana . . . Seis días lo recogeréis; mas el séptimo día es día de reposo; en él no se hallará” (vers. 23, 26).

“Y aconteció que algunos del pueblo salieron en el séptimo día a recoger, y no hallaron” (vers. 27). ¿Cómo reaccionó Dios ante esta evidente desobediencia? “¿Hasta cuándo no querréis guardar mis mandamientos y mis leyes? Mirad que el Eterno os dio el sábado, y por eso en el sexto día os da pan para dos días. Estése, pues, cada uno en su lugar, y nadie salga de él en el séptimo día” (vers. 28-29).

En esos momentos, varias semanas antes de que diera los Diez Mandamientos en el monte Sinaí, Dios reprochó a los israelitas porque no quisieron obedecer sus leyes y sus mandamientos. Él afirmó: “El Eterno os dio el sábado”; no dijo que se lo estaba dando o que se lo iba a dar, sino que él *ya les había dado el sábado* y quería que lo guardaran cada séptimo día de la semana.

Cuando Dios le ordenó a Israel: “Acuérdate del sábado para santificarlo” (Éxodo 20:8) y les dijo a los israelitas que ellos se habían negado a guardar sus preceptos y sus leyes por el hecho de no guardar el

sábado antes de llegar al monte Sinaí (Éxodo 16:28), estaba haciendo hincapié en la necesidad de que ellos tuvieran presentes los hechos de la semana de la creación.

Dios lo santificó

En el Génesis leemos que Dios creó la tierra y la llenó de plantas y animales hasta formar un deslumbrante y maravilloso hogar para el primer hombre y la primera mujer, Adán y Eva. Aquí leemos acerca del verdadero origen del día de reposo: “Y acabó Dios en el día séptimo la obra que hizo; y reposó el día séptimo de toda la obra que hizo. Y bendijo Dios al día séptimo, y lo santificó, porque en él reposó de toda la obra que había hecho en la creación” (Génesis 2:2-3).

Este día fue completamente diferente de los demás, porque Dios bendijo y santificó el séptimo día. La palabra *santificar* significa “apartar con un propósito santo”; Dios apartó específicamente el séptimo día y lo declaró santo. En estos dos versículos se menciona tres veces que Dios no trabajó en este día, lo cual pone de manifiesto que fue un día de descanso; fue el día de descanso *de Dios*.

Algunas personas no están de acuerdo con esta interpretación y, haciendo notar que la palabra *sábado* no se menciona, afirman que este pasaje no señala el origen del día de reposo. Sin embargo, la palabra hebrea que se tradujo como “reposó” es *shabath*, raíz de la palabra *sábado*. *Shabath* significa “descansar, dejar de hacer algo” y es de aquí que el sábado toma su significado como “día de descanso”. Parafraseando el relato de Génesis 2, podríamos decir que Dios “sabadó” en el séptimo día de toda la obra que había hecho en los otros seis días.

Fue hecho para el hombre

Curiosamente, algunos se empeñan en argüir que esto no prueba que el día de reposo haya existido desde la semana de la creación; afirman que el sábado no fue instituido realmente hasta que Dios lo dio a Israel en el monte Sinaí, y que aun así lo dio tan sólo a la nación física de Israel por un tiempo limitado. Sin embargo, Jesucristo mismo refutó este concepto cuando afirmó en respuesta a aquellos que malentendían completamente el propósito del sábado: “El sábado fue hecho para el hombre, no el hombre para el sábado” (Marcos 2:27, Nueva Reina-Valera). Él aclaró el principio fundamental que está presente en

el sábado y que la mayoría ha ignorado a lo largo de los siglos: El sábado, lejos de ser una carga opresora o una interminable lista de actividades prohibidas, ¡es algo que Dios ha hecho para el hombre! Fue santificado (hecho santo) cuando el género humano fue creado; luego de haber creado en el sexto día a Adán y a Eva, Dios creó el sábado al día siguiente (Génesis 1:26-31; 2:1-3).

Para Jesucristo, el sábado era algo positivo y benéfico, no la carga opresora que algunos dirigentes religiosos habían hecho de él. Notemos lo que Jesús dijo: El sábado había sido hecho para el hombre — para toda la humanidad— no únicamente para la nación de Israel, y el

¿Cuándo se debe guardar el sábado?

La costumbre de comenzar un nuevo día a la medianoche es una práctica humana arbitraria. Dios, quien es el Creador de los cuerpos celestes y que los puso en movimiento para señalar el paso del tiempo (Génesis 1:14), cuenta los días de una manera diferente: de tarde a tarde.

Esto se ve en el relato de la creación. Después que Dios hubo separado el día de la noche, leemos estas palabras: “Y fue la tarde y la mañana un día” (Génesis 1:5). “La tarde” se menciona primero, seguida por “la mañana”. Dios describe de una manera similar los demás días de la creación (vers. 8, 13, 19, 23, 31).

En la Biblia, la tarde comienza a la puesta del sol (Josué 8:29; 2 Crónicas 18:34; Nehemías 13:19; Marcos 1:32) y en ese momento comienza un nuevo día. Hablando de sus fiestas santas, Dios nos dice que los guardemos “de tarde a tarde” (Levítico 23:32). Esta fue la forma usual

de calcular el principio y el final de los días (Éxodo 12:18).

En el Nuevo Testamento, los días eran calculados de la misma manera. En Marcos 1:32 leemos que en cuanto se puso el sol al terminar el sábado, las multitudes traían a los enfermos para que Jesús los sanara. En otra ocasión, José de Arimatea envolvió el cuerpo de Jesús y lo puso en el sepulcro cuando “estaba para comenzar el sábado” (Lucas 23:53-54). Su propósito era terminar antes de que cayera la noche, para no trabajar en el día de fiesta que estaba por comenzar. La Nueva Reina-Valera nos dice que José hizo esto “cerca del atardecer” (Mateo 27:57) o “al atardecer” (Marcos 15:42).

Dios, el Creador del sábado, es quien determina cuándo comienza y cuándo termina; según la Biblia, se guarda “de tarde a tarde”. El sábado de Dios comienza el viernes a la puesta del sol y termina 24 horas más tarde, a la puesta del sol. □

guardarlo no era un principio sin sentido que tenía como objeto traer dificultad y opresión a las personas. ¡El sábado fue creado para el beneficio y el bienestar de la humanidad! La versión de Torres Amat vierte el versículo así: “El sábado se hizo para el bien del hombre”.

Jesucristo entendía que el propósito de la ley (incluido el sábado) era el de bendecir y beneficiar a la humanidad. Dios, hablando por medio de Moisés, había explicado este concepto a Israel anteriormente: “Hoy te mando que ames al Eterno tu Dios, que andes en sus caminos, y guardes sus mandamientos, sus estatutos y sus decretos”. ¿Con qué fin? “Para que vivas y seas multiplicado, y el Eterno tu Dios te bendiga en la tierra a la cual entras para tomar posesión de ella” (Deuteronomio 30:16).

Después de guiar a Israel durante 40 años por el desierto, Moisés resumió las experiencias de los israelitas justo antes de entrar en la Tierra Prometida. Él sabía que la ley que Dios les había dado era tan maravillosa que era realmente única: “Mirad, yo os he enseñado estatutos y decretos, como el Eterno mi Dios me mandó . . . Guardadlos, pues, y ponédlos por obra; porque esta es vuestra sabiduría y vuestra inteligencia ante los ojos de los pueblos, los cuales oirán todos estos estatutos, y dirán: Ciertamente pueblo sabio y entendido, nación grande es esta . . . Y ¿qué nación grande hay que tenga estatutos y juicios justos como es toda esta ley que yo pongo hoy delante de vosotros?” (Deuteronomio 4:5-8).

Claramente, Dios pretendía que el sábado fuera una bendición para todos aquellos que lo guardaran de la manera que él deseaba que lo hicieran. Las instrucciones que Dios dio al respecto son breves pero muy valiosas para darnos la perspectiva correcta sobre el propósito del sábado. Veamos algunas de estas instrucciones.

Descanso para toda la familia

“Acuérdate del día sábado para santificarlo. Seis días trabajarás y harás toda tu obra. Pero el sábado es el día de reposo del Señor tu Dios. No hagas ningún trabajo en él; ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu bestia, ni tu extranjero que está dentro de tus puertas. Porque en seis días el Eterno hizo el cielo, la tierra y el mar, y todo lo que contienen, y reposó en el séptimo día. Por eso, el Señor bendijo el sábado y lo declaró santo” (Éxodo 20:8-11, Nueva Reina-Valera).

Podemos ver que en el sábado todos los miembros de la familia deben descansar de sus labores, aun los siervos, huéspedes y animales. Todos deben descansar de la rutina de su trabajo y de su labor. Todos los miembros de la familia y del hogar aparecen nombrados específicamente: padres, hijos, hijas, siervos e invitados. Libres de las obli-

¿Cuál es el día que Dios ha santificado?

Debido a que la mayoría de las iglesias guardan el domingo como el día de descanso y adoración, muchas personas creen que el domingo es el día que Dios ha santificado.

El cuarto mandamiento nos enseña: "Acuérdate del sábado para santificarlo. Seis días trabajarás, y harás toda tu obra; mas el séptimo día es día de reposo para el Eterno tu Dios; no hagas en él obra alguna" (Éxodo 20:8-10).

Dios ordenó que el séptimo día fuera guardado como día santo. La mayoría de los diccionarios y enciclopedias nos dicen que el sábado es el séptimo día de la semana y que el domingo es el primero. El séptimo día, según el ciclo establecido por Dios, es el sábado, y siempre lo ha sido. Aunque en diferentes ocasiones el hombre ha modificado el calendario, el ciclo semanal de siete días ha permanecido intacto a lo largo de la historia. Los días de la semana han conservado siempre el orden adecuado, con el domingo como primer día de la semana y el sábado como el séptimo.

"La palabra de Dios", su divina revelación y sus instrucciones, fue confiada a los judíos (Romanos 3:1-2) y desde mucho antes del tiempo de Cris-

to hasta nuestros días ellos han preservado fielmente el conocimiento de cuál es el séptimo día de la semana.

Sin autorización bíblica

¿Cómo llegó el domingo a convertirse en un día de descanso y adoración? Aunque el concepto de descanso ha desaparecido casi por completo, la mayoría de las iglesias celebran sus servicios en el día domingo. Sin embargo, podemos investigar a todo lo largo de la Biblia y no encontraremos autorización alguna para cambiar el día de adoración.

El cardenal James Gibbons, educador católico y arzobispo de Baltimore (EE.UU.) a finales del siglo pasado y a principios del presente, afirmó categóricamente: "Usted puede leer la Biblia desde el Génesis hasta el Apocalipsis y no va a encontrar una sola frase que autorice la santificación del domingo. Las Escrituras imponen la observancia religiosa del sábado, cosa que nosotros nunca hemos hecho. La Iglesia Católica enseña correctamente que el Maestro y sus discípulos enseñaron acerca de ciertos deberes religiosos que no fueron consignados por los autores inspirados . . . Por lo

gaciones del trabajo cotidiano, todos pueden pasar gran parte del día en familia.

El mandamiento de que todas las familias guarden el sábado está nuevamente expresado en Levítico 23:1-3, donde Dios hace una lista de otras prácticas religiosas requeridas por él. Dios deja muy en claro

tanto, debemos concluir que las Escrituras por sí solas no pueden ser una guía idónea y una regla de fe" (The Faith of Our Fathers ["La fe de nuestros padres"], p. 89).

¿Nos damos cuenta? El escritor reconoce que la observancia del domingo no está autorizada en la Biblia y que el séptimo día es el único día santificado por las Escrituras. Su justificación para cambiar el día de descanso y adoración presume la existencia de una autoridad aparte de la Biblia que puede definir las verdades y ordenanzas para la salvación.

El cambio se hizo más tarde

El cambio del sábado por el domingo fue hecho mucho tiempo después de que el Nuevo Testamento había sido escrito. No existen referencias claras del domingo como día de adoración cristiana hasta los escritos de Bernabé y Justino (años 135 y 150 respectivamente). La observancia del domingo como el día principal de adoración parece haberse consolidado durante el reinado del emperador Adriano (años 117-135 d.C.), quien persiguió duramente a los judíos por todo el Imperio Romano. Adriano prohibió específicamente las prácticas del judaísmo, entre ellas la observancia del séptimo día, el sábado.

Estas medidas coercitivas tuvieron influencia en muchos cristianos primi-

tivos en Roma, quienes abandonaron el séptimo día y se volvieron al domingo, un día guardado tradicionalmente por los romanos como el día de adoración del sol. Dentro de los confines del imperio, en unas pocas décadas la observancia del sábado fue virtualmente reemplazada por el domingo.

Aunque la Reforma introdujo algunos cambios doctrinales y administrativos, la observancia del domingo como día de descanso y adoración continuó siendo la práctica común de la Iglesia Católica y de las iglesias protestantes. Mientras la Iglesia Católica invoca tener suficiente autoridad para establecer sus propios días de adoración, las iglesias protestantes generalmente justifican la observancia del domingo diciendo que el sábado fue reemplazado en el Nuevo Testamento por el domingo en honor a la resurrección de Cristo (ver el recuadro de la página 34: "El domingo en el Nuevo Testamento").

Tal como lo expresó el cardenal Gibbons, el cambio del día de descanso y adoración que reemplazó el sábado por el domingo no tiene respaldo bíblico. Como hemos mostrado en este folleto, Jesucristo, los apóstoles y tanto los miembros judíos como gentiles de la Iglesia primitiva, todos continuaron con la observancia del séptimo día, el sábado. Este es el único día aprobado por la Biblia. □

que el sábado es un tiempo que le *pertenece* al él y que él considera *santo*; fue Dios, no Moisés ni Israel, quien lo hizo así: “Habló el Eterno a Moisés, diciendo: Habla a los hijos de Israel y diles: Las fiestas solemnes del Eterno, las cuales proclamaréis como santas convocaciones, serán estas: Seis días se trabajará, mas el séptimo día será de reposo, santa convocación; ningún trabajo haréis; día de reposo es del Eterno en dondequiera que habitéis”.

El sábado no fue simplemente un rito religioso relacionado con el tabernáculo; fue más bien una práctica guardada por cada familia en toda la nación.

Liberación de la esclavitud

La repetición de los Diez Mandamientos en el capítulo 5 de Deuteronomio nos revela más detalles acerca del propósito de Dios: “Guardarás el sábado para santificarlo, como el Eterno tu Dios te ha mandado. Seis días trabajarás, y harás toda tu obra; mas el séptimo día es reposo al Eterno tu Dios; ninguna obra harás tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu sierva, ni tu buey, ni tu asno, ni ningún animal tuyo, ni el extranjero que está dentro de tus puertas, para que descansa tu siervo y tu sierva como tú. Acuérdate que fuiste siervo en tierra de Egipto, y que el Eterno tu Dios te sacó de allá con mano fuerte y brazo extendido; por lo cual el Eterno tu Dios te ha mandado que guardes el sábado” (vers. 12-15).

Al enunciar nuevamente los mandamientos, se añadió un nuevo aspecto acerca de la observancia del sábado. El pueblo debía recordar que había sido esclavizado en Egipto y que “el Eterno tu Dios te sacó de allá con mano fuerte y brazo extendido”.

El sábado se constituía en un recordatorio semanal del humilde origen de Israel como esclavos en Egipto, y que Dios, con poderosos milagros, los rescató y los estableció como nación. Ahora que Dios les había dado descanso de la esclavitud, todos y cada uno de los habitantes de Israel debían descansar y renovarse en el sábado, y en esto se incluían específicamente los siervos. Así como Dios les había dado descanso a los israelitas, éstos a su vez deberían permitir el descanso de sus siervos, otro recordatorio de que Dios instituyó el sábado como una bendición para todos.

Por medio de Moisés, Dios les recordó a los israelitas en varias ocasiones cuántas bendiciones les había dado y cómo había intervenido

milagrosamente a su favor. Les advirtió que recordaran estos acontecimientos y la relación que tenían con la observancia del sábado. He aquí algunas de estas exhortaciones: “Por tanto, guárdate, y guarda tu alma con diligencia, para que no te olvides de las cosas que tus ojos han visto, ni se aparten de tu corazón todos los días de tu vida; antes bien, las enseñarás a tus hijos, y a los hijos de tus hijos” (Deuteronomio 4:9). “Cuídate de no olvidarte del Eterno, que te sacó de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre” (Deuteronomio 6:12). “Y se enorgullezca tu corazón, y te olvides del Eterno tu Dios, que te sacó de tierra de Egipto, de casa de servidumbre” (Deuteronomio 8:14).

De la misma manera, el sábado es un importante recordatorio para los cristianos de hoy, porque nosotros también fuimos liberados. Por la misericordia de Dios y el sacrificio de Jesucristo, los cristianos hemos sido liberados de la esclavitud espiritual del pecado y la muerte, y ahora somos libres para servir a Dios (Romanos 6:16-23; 2 Pedro 2:19).

Regocijo e instrucción religiosa

Los israelitas tenían la obligación de enseñar a sus hijos los caminos y leyes del Eterno. Después de repetir los Diez Mandamientos en Deuteronomio 5, Dios les dijo: “Estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón; y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes” (Deuteronomio 6:6-7).

El sábado, entonces, era un día destinado a la instrucción religiosa, a la enseñanza y aprendizaje de las leyes y los portentosos actos de Dios. El trabajo rutinario estaba prohibido y debían recordarse los milagros de Dios. “El espíritu del sábado era de alegría, rejuvenecimiento y misericordia, nacidos de la remembranza de la bondad de Dios como Creador y como Libertador de la esclavitud . . . En este día la gente acostumbraba . . . instruir a sus hijos en las verdades que el día sábado les recordaba, lo cual era una parte imprescindible de sus deberes como padres” (*Smith’s Bible Dictionary* [“Diccionario bíblico de Smith”], artículo “Sabbath”).

Desde esta perspectiva, el sábado era realmente una bendición y una delicia, un día de comunión con el Creador, un tiempo especialmente dedicado a aprender, meditar y practicar las leyes y los caminos de Dios.

Jesucristo y el sábado

“También les dijo: ‘El sábado fue hecho para el hombre, no el hombre para el sábado. Así, el Hijo del Hombre es también Señor del sábado’” (Marcos 2:27-28, Nueva Reina-Valera).

¿Cómo veía Jesucristo el sábado? Muchas personas ven solamente lo que quieren ver acerca de la perspectiva que Cristo tuvo del séptimo día. Algunos, sin entender realmente lo que enseña la Biblia, piensan que Jesucristo hizo caso omiso del sábado o que deliberadamente lo quebrantó.

El sábado es mencionado cerca de 50 veces en los cuatro evangelios (más de lo que se menciona en los cinco primeros libros de la Biblia), así que contamos con datos históricos muy amplios sobre la actitud que Jesús tuvo hacia el sábado. Para entender acertadamente lo que los evangelios nos dicen acerca del sábado, es necesario que tengamos en cuenta que la manera de guardar este día había cambiado (o más correctamente, había sido cambiada) desde que fue creado y, posteriormente, codificado en el Decálogo.

El sábado en la historia

En los siglos anteriores al nacimiento de Cristo, la observancia del sábado sufrió una transformación masiva.

Ya hemos visto cómo la exhortación constante de Dios a Israel fue que no se olvidaran de sus obras portentosas ni de sus leyes. La historia de Israel nos muestra, tristemente, que ellos no escucharon. Israel llegó

incluso a olvidarse de Dios y se desintegró como nación, dividiéndose en los reinos de Israel y Judá. Luego, las dos naciones fueron llevadas en cautiverio por los invasores de Asiria y Babilonia respectivamente, en los siglos octavo y sexto antes de Cristo.

Uno de los pecados más flagrantes de Israel, el cual contribuyó enormemente a que la nación fuera llevada en cautiverio, fue la violación del sábado de Dios. Aun en medio de la autodestrucción de Judá, provocada por el comportamiento pecaminoso de sus habitantes, Dios continuó advirtiéndoles por medio del profeta Jeremías: “Guardaos por vuestra vida de llevar carga en el sábado . . . Ni hagáis trabajo alguno, sino santificad el sábado, como mandé a vuestros padres . . . Pero si no me oyereis para santificar el sábado . . . yo haré descender fuego en sus puertas, y consumiré los palacios de Jerusalén, y no se apagará” (Jeremías 17:21-22, 27).

Hallándose en Babilonia, en cautiverio con el reino de Judá, el profeta Ezequiel habló de parte de Dios y escribió: “Les di también mis sábados, para que fuesen por señal entre mí y ellos, para que supiesen que yo soy el Eterno que los santifico. Mis sábados profanaron en gran manera . . . desecharon mis decretos, y no anduvieron en mis estatutos, y mis sábados profanaron” (Ezequiel 20:12-13, 16).

También Dios le dijo a la nación de Judá: “Sus sacerdotes violaron mi ley, y contaminaron mis santuarios; entre lo santo y lo profano no hicieron diferencia, ni distinguieron entre inmundo y limpio; y de mis sábados apartaron sus ojos, y yo he sido profanado en medio de ellos” (Ezequiel 22:26).

Más tarde, muchos judíos regresaron de la cautividad de Babilonia y se establecieron en sus antiguos territorios; esto sucedió siglos antes del nacimiento de Jesucristo. Ellos sabían por los mensajes de Jeremías y Ezequiel que su nación había sido destruida por el quebrantamiento de la ley de Dios, y que violar el sábado fue uno de sus principales pecados.

Una vez que fueron restablecidos como nación, ellos resolvieron no volver a cometer el mismo error. En consecuencia, con el correr de los años las autoridades religiosas judías impusieron una serie de normas meticulosas que detallaban las actividades que ellos consideraban que eran permitidas y prohibidas en el sábado. Así, pasaron de un extremo al otro; de profanar el sábado y hacer caso omiso de su observancia, pasaron a guardarlo de una manera opresiva y legalista.

Regulaciones añadidas al sábado

El *Zondervan Pictorial Bible Dictionary* (“Diccionario bíblico ilustrado de Zondervan”), en su artículo referente al sábado, nos describe cuán rígidas habían llegado a ser las regulaciones sobre la observancia del sábado en los tiempos de Cristo. El código religioso tocante al sábado enumeraba “39 categorías principales de acciones prohibidas: sembrar, arar, cosechar, juntar las gavillas, trillar, aventar, limpiar, moler, tamizar, amasar, hornear . . . Cada uno de estos enunciados principales se ampliaba detalladamente de tal forma que llegaron a definirse cientos de prohibiciones que un judío celoso de la ley jamás podría violar. Por ejemplo, la prohibición concerniente a hacer nudos era algo tan general que fue necesario entrar a definir qué clase de nudos podían hacerse y cuáles no, hasta que se llegó a la conclusión de que podrían hacerse los nudos que se deshicieran con una sola mano . . .

“La prohibición referente a escribir en el sábado fue ampliada así: ‘Aquel que escriba dos letras con la mano derecha o con la mano izquierda, no importa que sean iguales o diferentes . . . es culpable. Aunque lo haga por haberse olvidado de esta ordenanza, es culpable . . . Si al escribir en dos paredes que forman un ángulo, o en las dos tablas de su libro de contabilidad de tal manera que puedan leerse juntas, también es culpable . . .’”

Definición de trabajo

La definición de trabajo que tenían las autoridades religiosas era completamente diferente de la definición normal. Por ejemplo, arar estaba en la categoría de trabajos prohibidos, y pocos podrían negar que en efecto arar es un trabajo que exige energía y esfuerzo. Pero, de acuerdo con el punto de vista rabínico en el primer siglo, el simple hecho de escupir en tierra se constituía en una forma de arar, ya que según la perspectiva de los rabinos el escupitajo causaba una alteración del suelo; por lo tanto, era prohibido. Las mujeres no podían mirarse en el espejo el sábado, ya que de hacerlo podrían encontrarse con una cana y al quitársela estarían haciendo un trabajo.

Usar zapatos fabricados con clavos era prohibido debido a que el peso de los clavos haría que se llevara una carga innecesaria. Aun el simple hecho de caminar sobre la hierba no era permitido porque al pisar la

hierba ésta se maltrataba y rompía, lo que constituía una forma de trillar, que también estaba prohibido.

Los dirigentes religiosos enseñaban que en el caso de que se produjera un incendio en la casa, sus habitantes no podrían poner a salvo del fuego sus pertenencias porque eso sería llevar una carga. No obstante, podrían ponerse varias capas de ropa y llevándolas puestas sacarlas de la casa, porque esto sí era aceptable.

Jesucristo vino a predicar y a enseñar en medio de este ambiente extremadamente crítico y plagado de censura. Sin el conocimiento adecuado de ese contexto histórico, es fácil llegar a conclusiones erróneas acerca de cómo veía Jesucristo el sábado.

Los escritores de los evangelios dejaron consignada la historia de numerosas confrontaciones de Jesucristo con los dirigentes religiosos referentes al sábado. Las curaciones milagrosas que Jesús realizó en el día sábado, así como sus enseñanzas al respecto, causaron muchísima controversia. Si repasamos los relatos bíblicos acerca de lo que Jesucristo hizo y enseñó, podremos entender mejor cuál fue su punto de vista acerca del sábado.

A medida que avanzamos en nuestro estudio acerca de la vida de Jesucristo, mantengamos presente su cronología. Los expertos coinciden generalmente en afirmar que los evangelios de Mateo, Marcos y Lucas fueron escritos en el primer siglo, entre los años 50 y 70, o sea entre 20 y 40 años después de que habían ocurrido los sucesos descritos. Si la intención de Jesucristo hubiera sido cambiar, anular o abolir el sábado, los escritores de los evangelios la hubieran hecho manifiesta al hacer el recuento de su vida. Pero las pruebas que tenemos simplemente no respaldan tal concepto.

Jesucristo predica en el sábado: Lucas 4:16-30

La primera vez que se menciona el sábado en la vida de Jesucristo está en Lucas 4:16: “Vino a Nazaret, donde se había criado; y en el sábado entró en la sinagoga, conforme a su costumbre, y se levantó a leer”. En la primera mención que encontramos acerca del sábado, cuando estaba comenzando el ministerio de Cristo, se nos dice que la costumbre, la actividad normal de Jesús, era “entrar en la sinagoga”. No fue un incidente aislado, pues él continuaría yendo a enseñar a la sinagoga (Marcos 6:2; Lucas 13:10).

¿En qué consiste el legalismo?

En este capítulo se hacen referencias al enfoque legalista de las autoridades religiosas quienes acusaron a Jesús de violar el mandamiento del sábado. ¿Qué significa el término legalismo? La definición del diccionario nos dice que es un “respeto exagerado por la letra de las leyes” (Diccionario de uso del español).

Una interpretación muy popular, sobre todo en los círculos religiosos, nos dice que legalismo es cualquier forma de observancia de la ley de Dios y que por lo tanto debe ser evitada. Esta palabra es usada en forma peyorativa, especialmente contra ciertas prácticas, entre las cuales está incluida la observancia del sábado o de cualquier otra ley que haya sido dada en el Antiguo Testamento. Sin embargo, usar esta palabra así es incorrecto.

Obedecer correctamente las leyes de Dios no es legalismo. Ser legalista en el sentido religioso es aplicar las leyes de Dios de una manera que Dios nunca pretendió.

Los fariseos socavaban la ley

Los fariseos, una rama excesivamente estricta del judaísmo cuyas interpretaciones predominaban en el pensamiento popular en el tiempo de Cristo, fueron legalistas. Ellos añadieron muchísimas reglas de su invención a los preceptos de Dios, lo que hacía que éstos fueran tergiversados e interpretados incorrectamente.

Sus interpretaciones “añadidas” a la ley de Dios eran tan desvirtuadas que invalidaban la ley y la hacían totalmente ineficaz (Mateo 15:6). Al cum-

plir con las ordenanzas de los fariseos, las personas ya no estaban siguiendo la ley de Dios (Juan 7:19).

El enfoque errado que tenían de la ley de Dios llevó a muchos a rechazar a Jesucristo como el Mesías prometido, aunque la misma ley dio testimonio de él (Juan 5:39-40; Lucas 24:44).

Esta fue la razón por la que Jesús condenó tan duramente la falta de entendimiento y la hipocresía de los dirigentes religiosos de su época. Él les advirtió que debían volver a la enseñanza correcta y a la práctica de la ley de Dios según el propósito y la intención originales; también les mostró que él era el Mesías prometido.

La tergiversación de la ley

El apóstol Pablo también condenó en sus escritos a todos aquellos que tergiversaban el uso correcto de la ley de Dios. Esto es muy evidente en la Epístola a los Gálatas. Lo que Pablo estaba tratando no era el hecho de guardar la ley de Dios correctamente, algo que él siempre defendió como necesario (Romanos 3:31; 7:12, 14, 22, 25), sino el alegato de que la justificación (el perdón y la restauración del pecador al estado de justicia) podía lograrse por medio de la circuncisión y la obediencia estricta de la ley.

Algunos falsos maestros (Gálatas 2:4; 5:10, 12; 6:12-13) socavaron las congregaciones de Galacia insistiendo erróneamente en que la circuncisión y la obediencia a la ley eran elementos suficientes para alcanzar la justificación y la salvación, sin tener en cuenta la fe en Jesucristo.

El apóstol condenó esta falsa enseñanza haciendo notar que la obediencia a la ley nunca había hecho posible tener la vida eterna (Gálatas 3:21). Dejó claro que la justificación —ser hecho justo a los ojos de Dios y tener acceso con esto a la vida eterna— es posible solamente por medio de Jesucristo (Gálatas 2:16; 3:1-3, 10-11, 22; 5:1-4).

Pablo explicó claramente que para el perdón de los pecados se necesitaba un sacrificio, y que aun la observancia más estricta de la ley no puede eliminar la necesidad de este sacrificio. Sin embargo, la ley de Dios se erige como un parámetro de justicia por medio del cual toda la humanidad va a ser juzgada (Santiago 2:8, 12). La fe no anula ni abole la ley (Romanos 3:31), como algunos suponen erróneamente. El apóstol Pablo dijo que la fe es la que establece la correcta aplicación de la ley.

La conclusión expresada por Salomón de que el todo del hombre es temer a Dios y guardar sus mandamientos (Eclesiastés 12:13), hace manifiesto que el propósito de la ley de Dios perdura para toda la humanidad. El apóstol Juan lo confirmó cuando dijo: “Este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos” (1 Juan 5:3).

Cuando la mujer sorprendida en adulterio fue llevada delante de Jesús, él le dijo: “No peques más” (Juan 8:11); en otras palabras: “Aférrate a la ley de Dios”. Cuando el joven rico le preguntó qué debía hacer para tener la vida eterna, la respuesta fue: “Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos” (Mateo 19:17).

¿Qué nos dice la Biblia acerca de la ley? Que sustituir los preceptos de

Dios por leyes inventadas por el hombre, como lo hicieron los fariseos, es un grave error. Creer que guardar cualquier ley lo hace a uno recto a los ojos de Dios, en lugar de reconocer la necesidad de tener fe en Jesucristo, es legalismo.

Si nos concentramos exclusivamente en obedecer la ley sin tener la motivación de complacer a Dios, amándolo a él y amando al prójimo, desvirtuamos el propósito de la ley (Mateo 22:36-40; Romanos 13:10) y somos legalistas.

Si creemos que por guardar cualquier ley podemos hacernos acreedores de la salvación, somos culpables de legalismo. Obedecer estrictamente la letra exacta de la ley, mientras buscamos cómo dar de lado el propósito y el espíritu de la misma, es legalismo.

La obediencia correcta no es legalismo

Jesucristo y la Biblia nos dejan una cosa perfectamente clara: La obediencia correcta de la ley de Dios no es legalismo.

Después de su conversión, el cristiano recibe mucho mayor entendimiento del propósito y el espíritu de la ley de Dios. Entiende la importancia de tener fe en el sacrificio de Jesucristo y recibe un mayor conocimiento de por qué es necesaria la obediencia, pero es decisión de la persona si obedece o no. Esto no es legalismo.

Obedecer con una actitud correcta los mandamientos dados por Dios, incluido el mandamiento del sábado, para santificarlo, no es legalismo. No permitamos que nadie nos engañe con tal razonamiento, el cual contradice claramente la exhortación que Jesucristo nos hace en Mateo 5:19. □

Continuando en el relato de Lucas, leemos: “Y se le dio el libro del profeta Isaías; y habiendo abierto el libro, halló el lugar donde estaba escrito: El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; a predicar el año agradable del Señor. Y enrollando el libro . . . comenzó a decirles: Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros” (Lucas 4:17-21).

Jesús citó Isaías 61:1-2, que en la sinagoga era reconocida como una profecía acerca de la época mesiánica. Cuando Jesús les dijo: “Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros”, estaba implicando con ello que él estaba cumpliéndola; por lo tanto, ¡se proclamó a sí mismo como el Mesías que ellos esperaban!

Jesús continuó comparando su ministerio con el ministerio de Elías y el de Eliseo. Sus oyentes, que entendieron claramente lo que les decía, de inmediato se enfurecieron y quisieron matarlo, pero él logró escapárseles (vers. 23-30).

En esta primera mención del sábado durante el ministerio de Jesús, él proclamó ser el Mesías que todos esperaban, dando a conocer su misión como el Salvador del mundo. Esto fue un acontecimiento importante. Él se había criado en la ciudad de Nazaret, y fue la gente de Nazaret la primera en oír que él era el Mesías. Jesús les dio a conocer la esperanza de su reinado futuro —el evangelio, las buenas nuevas— tanto en su cumplimiento presente como en el cumplimiento futuro.

Jesús echa fuera demonios y sana
en el sábado: Lucas 4:31-39

En seguida, Jesús comenzó a proclamar el futuro Reino de Dios y a manifestar el poder milagroso que tenía por ser el Mesías. “Descendió Jesús a Capernaum, ciudad de Galilea; y les enseñaba en los sábados. Y se admiraban de su doctrina, porque su palabra era con autoridad” (Lucas 4:31-32). Luego, cuando echó un demonio fuera de una persona, “todos se quedaron asombrados y se decían unos a otros: ‘¿Qué enseñanza es ésta? ¡Con autoridad y poder les da órdenes a los espíritus malos, y salen!’” (vers. 36, Nueva Versión Internacional).

Luego Jesús fue a la casa de Pedro y allí sanó a su suegra, que tenía mucha fiebre. Finalmente, “al ponerse el sol, todos los que tenían

enfermos de diversas enfermedades los traían a él; y él, poniendo las manos sobre cada uno de ellos, los sanaba. También salían demonios de muchos, dando voces y diciendo: Tú eres el Hijo de Dios. Pero él los reprendía y no les dejaba hablar, porque sabían que él era el Cristo” (vers. 38-41).

Como el Salvador, Jesucristo entendía el propósito del sábado y sabía que era un tiempo apropiado para llevar su mensaje de sanidad, esperanza y redención para la humanidad, y llevar ese mensaje con sus acciones. Aun los demonios reconocieron en él al Mesías profetizado (*Cristo* significa “Mesías”, como dice en Juan 1:41). Jesús se valió del sábado para señalar su papel como Sanador y Salvador de la humanidad.

Jesús confronta a los fariseos al defender la forma de actuar de los discípulos: Mateo 12:1-8; Marcos 2:23-28; Lucas 6:1-5

Los pasajes de Mateo 12, Marcos 2 y Lucas 6 son comúnmente interpretados de tal manera que sirvan para implicar que Jesús quebrantó el mandamiento del sábado. Pero analicemos en realidad lo que pasó. Según el relato de Marcos: “Aconteció que al pasar él por los sembrados un día de reposo, sus discípulos, andando, comenzaron a arrancar espigas. Entonces los fariseos le dijeron: Mira, ¿por qué hacen en el sábado lo que no es lícito?” (Marcos 2:23-24).

Los fariseos constituían una de las ramas más estrictas del judaísmo y tenían una considerable autoridad religiosa en los tiempos de Jesús; eran muy radicales en cuanto a la observancia del sábado. Su pregunta podría hacernos pensar que los discípulos estaban trabajando arduamente al cosechar grano en el sábado, y que los fariseos tuvieron que reprenderlos por esta transgresión. Sin embargo, el relato de Lucas nos sirve para aclarar lo que en realidad estaban haciendo los discípulos: “Aconteció en un sábado, que pasando Jesús por los sembrados, sus discípulos arrancaban espigas y comían, restregándolas con las manos” (Lucas 6:1). Ellos lo hicieron así porque tenían hambre (Mateo 12:1), no porque estuvieran segando el campo.

No quebrantaron el mandamiento del sábado

Las acciones de los discípulos estaban en perfecto acuerdo con las leyes que Dios había dado a la nación de Israel. De hecho, Dios había permitido el tomar espigas del campo de otra persona (Deuteronomio

23:25); incluso había ordenado que se dejaran sin segar algunas partes del terreno para que los pobres y los extranjeros tuvieran qué comer (Levítico 19:9-10; 23:22).

Mientras los discípulos caminaban a través del sembrado, iban tomando las espigas y con las manos separaban los granos de la cáscara para poder comérselos. Los fariseos, que eran una de las sectas más estrictas en cuanto a la observancia del sábado, denominaban estas acciones como “cosechar” y “trillar”, que estaban incluidas en las 39 categorías de acciones prohibidas en este día. Aunque con sus acciones los discípulos no estaban violando el mandamiento del sábado, sí violaban las restricciones impuestas por los fariseos. Desde el punto de vista de los fariseos, lo que hacían los discípulos “no era lícito”, y por eso los criticaban.

La ley permite misericordia

Jesús explicó cómo David y sus soldados, mientras huían del rey Saúl, comieron del pan que normalmente estaba reservado sólo para los sacerdotes, y al hacerlo no cometieron ninguna falta delante de Dios (Marcos 2:25-26). También les recaló cómo aun los sacerdotes en el templo, al conducir los servicios y realizar los sacrificios, trabajaban y no eran culpados por Dios (Mateo 12:5).

Cristo dijo que en ambos casos no se había violado ni el espíritu ni la intención de la ley y que tales actos habían sido permitidos por Dios específicamente, para el bien de su pueblo. Hizo resaltar el principio de la misericordia de la ley de Dios y que los fariseos estaban errados al poner por encima de todo lo demás, incluso de la misericordia, sus normas y regulaciones humanas.

Jesús explicó cómo los fariseos, debido a su punto de vista desvirtuado, habían llegado a tergiversarlo todo. “*El sábado fue hecho para el hombre, no el hombre para el sábado*”, les dijo (Marcos 2:27, Nueva Reina-Valera). Debido a la mentalidad estrecha de los fariseos y a su perspectiva legalista, el séptimo día de la semana se había transformado en una carga, con cientos de reglas y prohibiciones acerca de qué era y qué no era permitido hacer en ese día.

Jesucristo resumió el propósito de este día volviendo al origen, a los comienzos: Dios creó el día como una bendición, un tiempo de verdadero descanso de todas las labores rutinarias, y no como una carga

pesada. Era un tiempo para ser disfrutado, no para ser soportado. Afirmó además que el sábado no fue creado solamente para la nación de Israel sino para toda la humanidad.

Las enseñanzas de Jesús en estos versículos son resumidas por el *Anchor Bible Dictionary* (“Diccionario Anchor de la Biblia”) de la siguiente manera: “En algunas ocasiones se afirma que Jesús abrogó o anuló el sábado; esta aseveración se basa en las controversias que surgieron por las curaciones que efectuó y otros hechos que él realizó en el sábado. Pero un análisis cuidadoso de estas situaciones no parece apoyar esta interpretación. El hecho de que los discípulos hayan arrancado espigas en el sábado es particularmente importante, y la forma en que Jesucristo se pronunció al respecto es fundamental: ‘El sábado fue hecho para el hombre, no el hombre para el sábado’ (Marcos 2:27). La acción de los discípulos de arrancar espigas violaba el rabínico *halakhah* de la minuta casuística en el cual estaba prohibido cosechar, trillar, aventar grano y moler en el sábado . . . Jesucristo reformó el sábado y lo volvió a ubicar en el sitio correcto, con la perspectiva con que había sido creado: El sábado había sido hecho para toda la humanidad, no solamente para Israel, que era lo que argumentaba el judaísmo. De esta forma, el propósito que Dios tenía con la creación del sábado era que sirviera como descanso y bendición” (Vol. 5, p. 855-856, artículo “Sabbath”).

En este ejemplo, vemos que Jesucristo entendió y explicó el verdadero propósito del sábado. Fue creado como un día de descanso y de reposo de las labores rutinarias, una bendición de gran beneficio para la humanidad.

Otra curación en el sábado: Mateo 12:9-14;
Marcos 3:1-6; Lucas 6:6-11

Inmediatamente después de la discusión con los fariseos acerca de por qué los discípulos recogían espigas en el sábado, los evangelios nos muestran cómo Jesús tuvo otro enfrentamiento acerca de lo que se podía y no se podía hacer en ese día. Las regulaciones de los fariseos habían llegado hasta el extremo de prohibir darle ayuda a un enfermo en el sábado a menos que la enfermedad pusiera en peligro su vida.

Un sábado en la sinagoga, Jesús se encontró con un hombre que tenía la mano seca; era una persona seriamente impedida, pero su vida no

se encontraba en peligro. “Levántate y ponte en medio”, le dijo Jesús (Marcos 3:3). Enojado y entristecido por la dureza de sus corazones, incapaces de comprender el principio más fundamental de la ley de Dios, Jesús les preguntó a los que miraban: “¿Es lícito en los sábados hacer bien, o hacer mal; salvar la vida, o quitarla?” (vers. 4).

Incapaces de responder, callaron. Delante de todos Jesús sanó la mano del hombre y la restauró completamente. En lugar de alegrarse y de regocijarse por el feliz acontecimiento, los fariseos “tomaron consejo con los herodianos contra él, para destruirle” (vers. 4-6).

En lugar de aprender una lección espiritual vital acerca del propósito del sábado y el ministerio de Jesús, los fariseos se sintieron injuriados porque Jesús había hecho caso omiso de sus estrictas directrices. En lugar de entender el mensaje de misericordia y compasión, conspiraron para matar al Mensajero.

Lejos de anular el sábado, lo que Jesús demostró era que el sábado es un día apropiado para ayudar y consolar a aquellos que están en necesidad. El mandamiento del sábado no especificaba lo que las personas debían hacer, sino lo que no debían hacer. Jesucristo entonces aclaró lo que era correcto hacer a los ojos de Dios: “Es lícito hacer el bien en los sábados” (Mateo 12:12).

El legalismo de los fariseos, yendo más allá del mandato de Dios de no trabajar, había creado una miríada de reglas que restringían aun lo más fundamental de la actividad humana, algo que Dios nunca pretendió. Sin embargo, aun en el reglamento de los fariseos estaban contempladas soluciones para emergencias, como era el caso de poder rescatar una oveja si caía en un hoyo (vers. 11). Jesús afirmó que el sábado era un día en el que hacer el bien era algo permitido y deseable.

Aquellos que se oponen al sábado como día de reposo argumentan que cuando Cristo dijo: “Es lícito hacer el bien en los sábados” estaba con ello dando a conocer que ya no existía diferencia alguna entre los días que Dios había santificado y los demás días. Sin embargo, concluir que la naturaleza única del sábado había sido anulada con la enseñanza de que era “lícito hacer el bien” en ese día, implica que anteriormente era *prohibido* hacerlo, ¡y esto en ninguna manera es cierto! Jesús reprendió continuamente a quienes lo criticaban, diciéndoles que hacer el bien estaba permitido específicamente en el sábado (Mateo 12:12; Marcos 3:4; Lucas 6:9). El sábado es el día dado por Dios para

la instrucción religiosa y como un tiempo de reposo, pero el mandamiento del sábado no prohíbe hacer el bien.

Los actos de curación que Jesús realizó en el sábado fueron precursores de las milagrosas curaciones que están aún por venir con la era mesiánica. Isaías profetizó acerca de este tiempo: “Entonces los ojos de los ciegos serán abiertos, y los oídos de los sordos se abrirán. Entonces el cojo saltará como un ciervo, y cantará la lengua del mudo” (Isaías 35:5-6).

Lo que el Salvador hizo en el sábado nos recuerda que vendrá un tiempo de paz, sanidad y restauración para toda la humanidad.

Jesucristo sana a una mujer encorvada: Lucas 13:10-17

Lucas relata otro caso de una persona que padecía de una enfermedad crónica y que fue sanada por Jesús el día sábado en la sinagoga. Era “una mujer que desde hacía dieciocho años tenía espíritu de enfermedad, y andaba encorvada, y en ninguna manera se podía enderezar” (Lucas 13:11). Llamándola para que se le acercara, Jesús puso las manos sobre la mujer, “y ella se enderezó luego, y glorificaba a Dios” (vers. 13).

Los espectadores, sabiendo que Jesús había violado la prohibición estrecha que negaba la oportunidad de ayudar a quien no estuviera en peligro de muerte, esperaron a ver qué iba a pasar. No tuvieron que esperar mucho tiempo. “El principal de la sinagoga, enojado de que Jesús hubiese sanado en el sábado, dijo a la gente: Seis días hay en que se debe trabajar; en éstos, pues, venid y sed sanados, y no en sábado” (vers. 14).

Jesucristo, empero, no compartía esta actitud: “Hipócrita, cada uno de vosotros ¿no desata en el sábado su buey o su asno del pesebre y lo lleva a beber? Y a esta hija de Abraham, que Satanás había atado dieciocho años, ¿no se le debía desatar de esta ligadura en el sábado? Al decir él estas cosas, se avergonzaban todos sus adversarios; pero todo el pueblo se regocijaba por todas las cosas gloriosas hechas por él” (vers. 15-17).

Jesús hizo hincapié en el hecho de que el sábado representa un tiempo de liberación, de desatar las ligaduras, para ayudarnos a comprender cómo Dios quería que guardáramos el sábado. Aun las estrictas normas de los fariseos permitían dar de comer y de beber a los animales en el

sábado. Si satisfacer las necesidades básicas de los animales no violaba el cuarto mandamiento, ¿cuánto más apropiada era la liberación de un ser humano mediante la curación en el sábado?

Este ejemplo de Jesús nos recuerda que está bien visitar a los ancianos y enfermos en el día sábado, ayudándoles a disfrutar el día como un tiempo de liberación. Como lo anunció Jesús, él vino a “pregonar libertad a los cautivos” y a “poner en libertad a los oprimidos” (Lucas 4:18), refiriéndose a la gloriosa liberación de la esclavitud espiritual que se hará realidad bajo su futuro gobierno como el Mesías.

Jesús sana a un hombre en el sábado: Lucas 14:1-6

La siguiente mención que encontramos del sábado durante el ministerio de Jesús está en Lucas 14. Este incidente no ocurrió en la sinagoga sino en la casa de un fariseo eminente a donde Jesús había ido el sábado para comer.

Un hombre que tenía un problema crónico de salud acudió a él. “¿Es lícito sanar en el sábado?”, preguntó Jesús a los intérpretes de la ley y a los fariseos. Ninguno respondió. Jesús sanó al hombre, y éste se fue (vers. 2-4).

Entonces Jesús les preguntó a las personas reunidas: “¿Quién de vosotros, si su asno o su buey cae en algún pozo, no lo sacará inmediatamente, aunque sea en sábado? Y no le podían replicar a estas cosas” (vers. 5-6). Esta clase de preguntas habían sido debatidas entre los maestros religiosos judíos por años, y ellos reconocían que en el mandamiento de descansar no se hablaba de pasar por alto las situaciones de emergencia en que la vida o el bienestar de una persona o un animal estuviera en peligro.

El enfoque y el ejemplo de Jesús nos enseñan que debemos aprovechar cualquier oportunidad que se nos presente para aliviar el sufrimiento. El propósito del mandamiento de guardar el sábado nunca ha sido impedirnos hacer el bien en este día. Jesús conocía muy bien el meollo y la esencia de la ley de Dios: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Levítico 19:18). Los apóstoles Santiago y Pablo entendieron que el amor era el propósito y el cumplimiento de la ley (Santiago 2:8; Gálatas 5:14).

El ejemplo de Jesús nos muestra que debemos vivir cada día en amor, que es el espíritu y el propósito de la ley de Dios.

Jesús sana a un paralítico en el sábado: Juan 5:1-18

En el capítulo 5 del Evangelio de Juan encontramos el relato de una curación que no se menciona en ningún otro evangelio, lo que añade una nueva dimensión a lo que sabemos acerca de las actividades que Jesucristo realizaba en el sábado. En este caso, Jesús sanó a un hombre que había estado enfermo por espacio de 38 años. “¡Levántate, toma tu lecho, y anda!”, le dijo (vers. 8).

Al instante, el hombre fue sanado, tomó la camilla en la cual había yacido y caminó hasta ser confrontado por otros judíos que le reprochaban porque estaba llevando su camilla. “Es sábado; no te es lícito llevar tu lecho”, le advirtieron. Mas él replicó: “El que me sanó, él mismo me dijo: Toma tu lecho y anda” (vers. 10-11).

Después de comprobar que había sido Jesús quien sanó al hombre y le dio la orden de llevar su camilla, ellos “persegúan a Jesús, y procuraban matarle, porque hacía estas cosas en el sábado” (vers. 16). El punto de vista que ellos tenían acerca del sábado estaba tan desvirtuado que les importaban más sus triviales reglas acerca de lo que no se podía llevar a cuestras el sábado, ¡que la maravillosa curación de una persona que había estado afligida durante 38 años!

La respuesta que Jesús dio a quienes lo acusaban de estar quebrantando el sábado los contrarió aún más: “‘Mi Padre siempre está en su obra, yo también’. Entonces, tanto más procuraban los judíos matarlo, porque no sólo quebrantaba el sábado, sino que también decía que Dios era su propio Padre, haciéndose igual a Dios” (vers. 17-18, Nueva Reina-Valera).

Lo que Jesús quebrantó no fue el mandato divino del sábado, sino las estrictas normas de los fariseos, basadas en lo que ellos consideraban permisible hacer en este día. Él no pudo haber violado el sábado, ya que anteriormente había pronunciado una maldición sobre cualquiera “que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y así enseñe a los hombres” (Mateo 5:19).

¿Qué fue lo que en realidad quiso decir Cristo cuando declaró: “Mi Padre siempre está en su obra, y yo también” (o como lo expresa la versión Reina-Valera, revisión de 1960: “Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo”)? En su comentario acerca de este versículo, *The Life Application Bible* (“La Biblia con anotaciones para la vida diaria”) nos dice: “Si

Dios dejara de trabajar completamente en el sábado, la naturaleza llegaría al caos y el pecado dominaría al mundo. Génesis 2:2 nos dice que Dios descansó en el séptimo día, pero esto no significa que dejó de hacer el bien. La enseñanza de Jesús nos permite entender que cuando se presente la oportunidad de hacer el bien, debemos hacerlo, aunque ésta se nos presente en el sábado”.

Dios creó el sábado como un día de reposo para el hombre —*la humanidad entera*— no para sí mismo. Él descansó del trabajo de crear la tierra para mostrarnos que nosotros deberíamos descansar de nuestro trabajo rutinario. Pero Dios continúa realizando cierto tipo de trabajo sin descansar nunca: Noche y día, siete días a la semana, él está trabajando para llevar a la humanidad a su Reino. Trabaja cada sábado para hacer que las personas crezcan espiritualmente, y trabaja constantemente para cultivar una relación íntima con cada uno de sus hijos.

A juzgar por lo que leemos en los evangelios, Jesús sanó más personas en el sábado que en cualquier otro día. También enseñó y predicó en el sábado. ¿Estaba pecando al hacerlo? No. Sus actividades eran parte de la obra de Dios y tenían como propósito ayudar a las personas a entender y, ulteriormente, entrar a formar parte del Reino de Dios. Por lo tanto, estas actividades eran perfectamente aceptables a los ojos de Dios.

El sábado y la circuncisión: Juan 7:21-24

En Juan 7:24 Jesús resumió lo que debería haber sido obvio para aquellos que lo criticaban por sanar a los enfermos en el sábado: “No juzguéis según las apariencias, sino juzgad con justo juicio”. El punto de vista estrecho e intolerante de los fariseos hacía más énfasis en la apariencia exterior que en todo lo demás. Jesús les reprochó el que dieran tanta importancia a las cosas físicas y fueran negligentes con lo más importante: la justicia, la misericordia y la fe (Mateo 23:23).

Para ilustrar los extremos a los que los fariseos habían llegado en sus puntos de vista, Jesús usó el ejemplo de la circuncisión. Les hizo notar que la circuncisión, señal del pacto entre Dios y la nación de Israel, podía ser realizada en el sábado sin que con ello se quebrantara el día de reposo. Si esta alteración de una de las 248 partes del cuerpo humano (según el cálculo de los judíos) podía hacerse en el sábado, Jesús les preguntó por qué “os irritáis contra mí porque he curado a un hombre entero en sábado” (Juan 7:22-23, Biblia de Jerusalén).

Las autoridades religiosas permitían el rito de la circuncisión mientras les negaban la misericordia a los enfermos. Esto no sólo era ilógico, sino que fríamente pasaba por alto el verdadero propósito de la ley de Dios. “No juzguéis según las apariencias, sino juzgad con justo juicio”, les advirtió Jesús a sus acusadores (vers. 24).

Según Jesús, en lugar de hacer respetar la ley de Dios con sus normas y reglas añadidas, los judíos tenían un concepto tan desvirtuado de la ley de Dios que lo que hacían en realidad era quebrantarla e invalidarla (Mateo 23:3, 28; Marcos 7:6-9). “Ninguno de vosotros cumple la ley”, les dijo Jesús, reprendiéndolos por su tergiversada interpretación de los preceptos de Dios (Juan 7:19). Ellos no estaban cumpliendo realmente la ley, y tanto las enseñanzas como el ejemplo de Jesús tenían como propósito restablecer el entendimiento y la práctica correctos.

Jesús sana a un ciego en el sábado: Juan 9:1-34

Jesús se valió del incidente en que sanó a un ciego en el día sábado para proclamar doblemente su identidad como el Mesías. Hablando a sus discípulos dijo: “Me es necesario hacer las obras del que me envió, entre tanto que el día dura . . . Entre tanto que estoy en el mundo, luz soy del mundo” (Juan 9:4-5). Entonces sanó al hombre de su ceguera.

Los fariseos encontraron al que había sido sanado y procuraron intimidarlo. “Ese hombre no procede de Dios, porque no guarda el sábado”, argumentaron (vers. 16). Él les respondió: “Esto es lo maravilloso . . . a mí me abrió los ojos . . . Si éste no viniera de Dios, nada podría hacer”(vers. 30, 33). Furiosos porque su autoridad había sido desafiada y sus opiniones puestas en tela de juicio, “le expulsaron”, excomulgándolo de la sinagoga (vers. 34).

Más tarde Jesús halló al hombre y le preguntó: “¿Crees tú en el Hijo de Dios? Respondió él y dijo: ¿Quién es, Señor, para que crea en él? Le dijo Jesús: Pues le has visto, y el que habla contigo, él es. Y él dijo: Creo, Señor; y le adoró. Dijo Jesús: Para juicio he venido yo a este mundo; para que los que no ven, vean, y los que ven, sean cegados” (vers. 35-39).

Jesucristo aclaró nuevamente que él era el Mesías, el Hijo mismo de Dios. En este episodio, tal como lo hizo en muchas ocasiones en el sábado, continuó enseñando acerca de su labor redentora.

¿Cambió Jesús la ley?

Estos relatos, consignados en los cuatro evangelios, resumen las actividades específicas de Jesucristo en el sábado. Como dijimos antes, algunos ven en estos versículos solamente lo que quieren ver: la supuesta prueba de que Cristo quebrantó el cuarto mandamiento. Pero como las Escrituras nos lo comprueban, esto jamás sucedió. Él hizo a un lado las restricciones equivocadas que fueron impuestas por los dirigentes religiosos, pero jamás violó los mandamientos de Dios. Si lo hubiera hecho, hubiera pecado (1 Juan 3:4), y Jesús nunca pecó. Él vivió una vida sin pecado para poder ser un sacrificio perfecto, el Salvador de toda la humanidad (1 Pedro 2:22; Efesios 5:2; 1 Juan 4:14).

Es inimaginable que a Jesús le hubiera pasado por la mente el desobedecer los mandamientos de Dios. Hablando de sí mismo, dijo: “No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; porque todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente” (Juan 5:19). ¿Qué hizo Jesús? En sus propias palabras, hizo exactamente lo que el Padre hacía. Y todavía algunos afirman que él vino para abrogar la ley de Dios y quitarla como guía de conducta para el hombre.

“No puedo yo hacer nada por mí mismo; según oigo, así juzgo; y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió, la del Padre”, dijo Jesús (vers. 30). La motivación de Jesús era la de complacer al Padre en todo momento. Les dijo a sus discípulos: “Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra” (Juan 4:34). Hacer la voluntad del Padre era su motivación y su razón de ser. Por medio de las enseñanzas que Jesús dio los sábados, reveló la voluntad de su Padre. Siempre estuvo decidido a terminar la obra de Dios, a pesar de la oposición y persecución, las cuales lograron finalmente su cruel tortura y su muerte.

La clara afirmación de Jesucristo

Jesucristo mismo negó que él pretendiera cambiar o abolir el sábado o cualquier otro precepto de la ley de Dios: “No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir” (Mateo 5:17).

Según el *Diccionario expositivo de palabras del Nuevo Testamento*, de W.E. Vine, la voz griega *pleroo*, traducida como “cumplir”,

significa “llenar”, “atestar”, “suplir”, “completar”, “rellenar”, “(hacer o ser) perfecto” (Vol. 1, p. 358; Vol. 3, p. 165). En otras palabras, Jesús dijo que había venido para perfeccionar la ley y hacerla completa. ¿Cómo? Mostrando la intención espiritual y la aplicación correcta de la ley de Dios. Su significado es claro en el contexto del capítulo, en donde claramente explica la aplicación espiritual de varios mandamientos específicos.

Algunos tergiversan el significado de *cumplir* porque afirman que Jesús quería decir: “No he venido para abrogar la ley, sino para cumplirla y de esta manera ponerle fin”. Sin embargo, esto es absolutamente contrario a sus propias palabras. En todo el resto del capítulo explicó que la aplicación espiritual de la ley la hacía más completa aún y más difícil de guardar; nunca dijo que había sido anulada o que ya no era necesario guardarla.

Jesús puso de manifiesto que no estaba aboliendo la ley de Dios: “De cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido” (vers. 18). La voz griega traducida como “cumplido” es *ginomai* que, según el *Diccionario expositivo de palabras del Nuevo Testamento*, significa “acontecer”, “venir a ser”, “suceder” (Vol. 1, p. 357). Así, las palabras de Cristo indican que sólo después de que todo lo necesario llegue a suceder podrá pasar alguna parte de la ley de Dios.

Para evitar cualquier posible malentendido, Cristo advirtió a los que tratarían de abolir la ley de Dios: “Cualquiera que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y así enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; mas cualquiera que los haga y los enseñe, éste será llamado grande en el reino de los cielos” (vers. 19).

Cuando Jesús explicó, expandió y ejemplificó la ley de Dios, estaba cumpliendo una profecía referente al Mesías que encontramos en Isaías 42:21: “El Eterno se complació por amor de su justicia en magnificar la ley y engrandecerla”. Jesús hizo precisamente eso al mostrar el verdadero propósito y el alcance de las leyes de Dios, incluso la del sábado.

El ejemplo de Jesucristo

Cuando le preguntaron: “¿Cuál es el primer mandamiento de todos?”, Jesús respondió: “El primer mandamiento de todos es: Oye,

Israel; el Señor nuestro Dios, el Señor uno es. Y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente y con todas tus fuerzas. Este es el principal mandamiento” (Marcos 12:28-30).

Aquí vemos que Cristo reafirmó el mandamiento mayor del Antiguo Testamento (Deuteronomio 6:4-5). Aquellos que se esfuerzan por obedecer este mandamiento ponen a Dios primero en sus vidas y respetan todos sus preceptos, incluso el de guardar el sábado, tal como se ordena en la Biblia. También tienen presente este principio expresado por Jesús: “El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama” (Juan 14:21).

Jesucristo es nuestro Amo y Señor (Filipenses 2:9-11). Él afirmó ser Señor del sábado (Marcos 2:28) y debemos seguir su ejemplo guardando el sábado —y todos los mandamientos de Dios— en la forma en que él lo enseñó y lo vivió.

¿Fue cambiado el sábado en el Nuevo Testamento?

“La ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno” (Romanos 7:12).

Hemos visto que Jesucristo no cambió el sábado de Dios. Por el contrario, durante todo su ministerio él aclaró el verdadero propósito y la intención del sábado. Jesús mostró frecuentemente, por sus acciones y sus enseñanzas, que la venidera época mesiánica sería un tiempo de sanidad, restauración y libertad para todo el género humano.

Jesús guardó el sábado. Cuando murió, sus seguidores más cercanos esperaron a que pasara el sábado para venir a ungir su cuerpo (Mateo 28:1; Marcos 16:1-2; Lucas 23:56; 24:1). Cincuenta días después de la resurrección sus discípulos estaban reunidos en el día de Pentecostés, una de las fiestas o días de reposo anuales que se guardaban conjuntamente con el sábado (Levítico 23:1-44); en este día, con la venida del Espíritu Santo, la Iglesia fue fundada (Hechos 2:1-4). No tenemos ninguna prueba de que haya ocurrido algún cambio a raíz de la muerte y resurrección de Jesucristo; sus discípulos continuaron guardando el sábado y las fiestas de la misma forma en que él lo había hecho.

Los libros del Nuevo Testamento fueron escritos durante el espacio de varias décadas, siendo terminados hacia el final del primer siglo, más

de 60 años después de la muerte y resurrección de Jesucristo. Por consiguiente, si el sábado o cualquier otra parte de la ley de Dios hubiera sido cambiado en la Iglesia neotestamentaria, tales cambios seguramente estarían descritos en alguna parte del Nuevo Testamento.

¿Abolió Pablo el sábado?

Muchos de los que afirman que el sábado fue abolido en el Nuevo Testamento se apoyan en los escritos del apóstol Pablo para respaldar su opinión. ¿Acaso tienen razón? Los tres pasajes comúnmente citados dentro de este contexto son Romanos 14:5-6, Colosenses 2:16-17 y Gálatas 4:9-10.

Un principio fundamental que debemos seguir si queremos entender lo que la Biblia nos dice, es analizar cada versículo no sólo dentro del contexto del pasaje que se lee, sino teniendo en cuenta además las circunstancias sociales e históricas en las que se desenvolvían tanto el autor como los lectores. Analicemos el contexto de estos tres pasajes para saber si la observancia del sábado realmente fue anulada por el apóstol Pablo.

Tengamos en cuenta primeramente lo que Pablo afirmó acerca de la ley de Dios. Más de 25 años después de la muerte y resurrección de Cristo, él escribió en Romanos 7:12: “La ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno”. En Romanos 2:13 explicó: “No son los oidores de la ley los justos ante Dios, sino los hacedores de la ley serán justificados”. Y en Romanos 7:22 afirmó: “Según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios”.

Algunos dan por sentado que una vez que tenemos fe en Jesucristo ya no es necesario guardar la ley de Dios. Sin embargo, en Romanos 3:31 Pablo mismo abordó el tema diciendo: “¿Luego por la fe invalidamos [de la voz griega *katargeo*, que significa “destruir” o “abolir”] la ley? En ninguna manera, sino que confirmamos [del griego *histemi*, que significa “erigir” o “establecer”] la ley”. El apóstol claramente enseñó que la fe no anula la ley de Dios, sino que por el contrario la establece y la reafirma.

En Hechos 24 leemos cómo Pablo compareció delante del gobernador romano Félix para defenderse contra las acusaciones de disensión y sedición que contra él habían hecho los dirigentes religiosos judíos. En su defensa Pablo arguyó: “Así sirvo al Dios de mis padres, *creyendo*

todas las cosas que en la ley y en los profetas están escritas” (vers. 14). Dos años después, volvió a defenderse contra las mismas acusaciones, esta vez delante del gobernador romano Festo; ante él declaró: “Ni contra la ley de los judíos, ni contra el templo, ni contra César he pecado *en nada*” (Hechos 25:8). En estas ocasiones, entre 25 y 30 años después de la muerte y resurrección de Cristo, Pablo afirmó categóricamente que ¡él creía todas las cosas que estaban escritas en la ley y en los profetas (términos usados para referirse al Antiguo Testamento) y que no había desobedecido la ley!

A la luz de estos claros enunciados es lógico suponer que vamos a encontrar instrucciones igualmente claras referentes a la abolición del sábado, si es que la intención de Pablo fue abolirlo. Pero ¿acaso las encontramos?

¿Es cualquier día bueno para adorar? Romanos 14:5-6

En Romanos 14:5-6 leemos: “Uno hace diferencia entre día y día; otro juzga iguales todos los días. Cada uno esté plenamente convencido en su propia mente. El que hace caso del día, lo hace para el Señor; y el que no hace caso del día, para el Señor no lo hace. El que come, para el Señor come, porque da gracias a Dios; y el que no come, para el Señor no come, y da gracias a Dios”.

Para algunos, al leer este pasaje podría parecer que lo que Pablo está diciendo es que no importa qué día se escoja para descansar y adorar a Dios, siempre y cuando uno “esté plenamente convencido en su propia mente” y “lo hace para el Señor”. ¿Acaso esto implica que no hay diferencia alguna entre el sábado y los demás días y que tenemos libertad para escoger el día que nosotros queramos observar?

Si llegamos a esta conclusión estaremos interpretando erróneamente el versículo, ya que en éste el sábado no aparece mencionado por ninguna parte. De hecho, en toda la epístola no encontramos la palabra *sábado* ni ninguna referencia a la observancia del mismo.

La referencia que se hace es simplemente a “días”, y no tiene nada que ver con el sábado ni con ningún día de descanso y adoración ordenado por Dios. No olvidemos que anteriormente en esta misma epístola Pablo nos había dicho: “La ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno”, “los hacedores de la ley serán justificados” y “me deleito en la ley de Dios” (Romanos 7:12; 2:13; 7:22). Si

El domingo en el Nuevo Testamento

Uno de los versículos citados frecuentemente para apoyar la observancia del domingo es Apocalipsis 1:10, en donde el apóstol Juan escribió: "Yo estaba en el Espíritu en el día del Señor". Para algunos, esto indica que Juan estaba guardando el domingo y había tenido la visión en ese día. Pero la Biblia en ninguna parte define el "día del Señor" como el primer día de la semana.

Si esto estuviera haciendo referencia a algún día de la semana, entonces por lógica deberíamos concluir que se estaba refiriendo al séptimo, por cuanto Jesús dijo que él era el "Señor del sábado" (Marcos 2:28); no afirmó ser el Señor de ningún otro día.

Sin embargo, el contexto de la visión de Juan nos muestra que él no se estaba refiriendo a ningún día de la semana. Estaba explicando cómo fue transportado a un tiempo futuro que la Biblia llama "el día del Señor", "el día del Señor Jesús", "el día de nuestro Señor Jesucristo" o "el día de Cristo" (Hechos 2:20; 1 Corintios 1:8; 5:5; 2 Corintios 1:14; Filipenses 1:6, 10; 2:16; 1 Tesalonicenses 5:2; 2 Tesalonicenses 2:2; 2 Pedro 3:10).

Estas expresiones no hacen referencia a ningún día de la semana. Se refieren más bien a los acontecimientos que en los tiempos del fin tendrán lugar en relación con el regreso de Jesucristo, el momento en que él personalmente intervendrá en los asuntos del hombre y dará comienzo a la época de su gobierno.

Otro pasaje que algunos ven como una prueba de que la Iglesia del Nuevo Testamento guardaba el domingo, se encuentra en Hechos 20:7: "El primer día de la semana, reunidos los discípulos para partir el pan, Pablo les enseñaba, habiendo de salir al día siguiente; y alargó el discurso hasta la medianoche".

Algunos interpretan que "partir el pan" es una referencia al pan y al vino de la ceremonia de la Pascua y, por lo tanto, es un servicio religioso que se celebra en el primer día de la semana. Sin embargo, "partir el pan" no se refiere a ningún servicio religioso; tiene que ver con partir trozos de pan para una comida. "Esto significaba compartir un alimento e implicaba tomarlo en una comida... Los lectores [de las epístolas y los manuscritos originales del Nuevo Testamento] no tendrían en sus mentes ningún otro significado al leerlo" (E.W. Bullinger, *Figures of Speech Used in the Bible* ["Figuras de pensamiento usadas en la Biblia"], pp. 839-840). Esto está comprobado con el hecho de que después que Pablo terminó de hablar, volvió nuevamente a partir el pan y a comer (vers. 11). También en Lucas 24:30, 35 y Hechos 27:34-36 se habla de partir el pan y comer.

Si nos fijamos en la cronología de estos hechos podremos entenderlos más claramente. Hechos 20:7-11 nos narra varias cosas que ocurrieron en una sola noche. Dado que en la Biblia, tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo, el principio de los días se cuenta a partir de la caída del sol (ver el

recuadro de la página 6: "¿Cuándo se debe guardar el sábado?"), estos acontecimientos empezaron con una comida el sábado por la noche, lo que correspondía a la primera parte del "primer día de la semana". La Biblia de Jerusalén confirma que esto ocurrió el sábado por la noche.

Pablo tenía planeado partir al día siguiente para otra ciudad, y habló largamente durante la noche. A la medianoche un joven de la congregación se quedó dormido y, cayéndose de la ventana donde estaba sentado, murió como consecuencia de la caída. Pablo levantó al joven y éste resucitó milagrosamente. Después de esto, las personas reunidas partieron nuevamente el pan y comieron otra vez, conversando hasta el amanecer. Pablo viajó cuando el día ya había aclarado.

Después de haber hablado y conversado toda la noche, la mañana siguiente Pablo caminó más de 30 kilómetros para llegar a Asón y reunirse con las personas de su grupo que ya estaban allí (vers. 11, 13-14). En lugar de describir un servicio religioso dominical, lo que estos versículos nos dicen es que el apóstol Pablo caminó más de 30 kilómetros en ese día, lo que hace muy difícil creer que él estaba guardando el domingo como día de reposo y adoración.

Colecta dominical

Algunos creen que en 1 Corintios 16:1-2 se habla de una colecta durante el servicio religioso dominical. Pero si lo examinamos más de cerca, veremos que se refiere a algo muy distinto. Aunque la Biblia dice que la colecta ocurrió en el primer día de la semana,

en ninguna parte se nos menciona que se estuviera llevando a cabo un servicio religioso.

Esta era una colecta especial "para los santos", miembros de la Iglesia en Jerusalén (vers. 1, 3). Era parte de un esfuerzo que estaban realizando varias congregaciones en Galacia (vers. 1), Macedonia y Acaya (Romanos 15:25-26), y también los corintios a quienes les estaba escribiendo Pablo. Este generoso apoyo es lo que parece haber sido descrito en Hechos 11:29-30: "Los discípulos, cada uno conforme a lo que tenía, determinaron enviar socorro a los hermanos que habitaban en Judea; lo cual en efecto hicieron, enviándolo a los ancianos por mano de Bernabé y de Saulo".

Pablo no ordenó que esta colecta se hiciera durante los servicios religiosos; por el contrario, en las instrucciones que les dio a los corintios les dijo: "Cada uno de vosotros ponga aparte algo, según haya prosperado, guardándolo, para que cuando yo llegue no se recojan entonces ofrendas" (1 Corintios 16:2). Las contribuciones deberían ser "apartadas" y "guardadas", no recogidas en los servicios en la Iglesia. Decir que esto es el relato de una colecta en un servicio dominical religioso es leer la Biblia con una indebida interpretación personal.

No existe ningún otro pasaje que nos mencione algo que se pareciera remotamente a unos servicios religiosos en el primer día de la semana. El Nuevo Testamento fue escrito durante un periodo de más de 60 años después de la muerte y resurrección de Jesús, y en ninguna parte nos enseña que el día de reposo fue cambiado para el domingo. □

él estuviera afirmando que la observancia del sábado era irrelevante, dicha afirmación sería totalmente incongruente con las demás aseveraciones hechas en esta misma carta.

¿A cuáles días se refería Pablo?

Analicemos el contexto para determinar a cuáles días se refería Pablo en este versículo.

El apóstol estaba escribiendo a una congregación compuesta por judíos y gentiles que se hallaba en Roma. En los versículos 2 y 3 se refería al vegetarianismo (“otro, que es débil, come legumbres”) y continúa con el mismo tema en el versículo 6 (“el que come . . . y el que no come”).

El pasaje acerca de los días, en los versículos 5 y 6, se encuentra insertado en medio de las referencias al vegetarianismo y al consumo de carne. La Biblia no establece ninguna conexión entre la observancia del sábado y el vegetarianismo; por lo tanto, para poder afirmar que en estos versículos Pablo se refería al sábado, tenemos que sacarlos del contexto en que fueron escritos.

“El hecho de que los días mencionados por Pablo se encuentren en medio de referencias al tema de la comida sugiere que lo que Pablo tenía en mente era un día especialmente apartado como un tiempo de banquete o de ayuno” (Everett F. Harrison, *The Expositor's Bible Commentary* [“Comentario bíblico para el expositor”], Vol. 10, p. 146). Resulta evidente que Pablo estaba haciendo referencia a unos días especiales de los romanos u otros días en los que la celebración, el ayuno o la abstinencia de ciertas comidas era la práctica común.

El contexto nos indica que algunos miembros de la congregación comían carne y otros no. Los vegetarianos eran los que “temían comer (sin darse cuenta) de la carne que había sido ofrecida a los ídolos o que por alguna otra razón era inmunda desde el punto de vista ceremonial (lo cual podría pasar muy fácilmente en una ciudad como Roma), y por lo tanto se abstenían completamente de carne” (W.J. Conybeare y J.S. Howson, *The Life and Epistles of St. Paul* [“Vida y epístolas de San Pablo”], p. 530).

En 1 Corintios 8, Pablo se refería al tema de comer carne que había sido sacrificada a los ídolos y que por lo tanto podría ser vista por algunos como impropia para el consumo. Lo que Pablo aclaró en ese capítulo era que el hecho de que alguna comida estuviera relacionada con

un acto de idolatría no tenía ninguna implicación a la hora de determinar si era propia para comerse o no.

Parece probable que Pablo hubiera tratado el mismo asunto con los romanos y con los corintios, es decir, si los cristianos debían o no evitar las carnes que estaban asociadas con la idolatría; la referencia que Pablo hace a lo “inmundo” en Romanos 14:14 parece respaldar esto. En lugar de usar la palabra griega que describe los alimentos clasificadas como inmundos o prohibidos en el Antiguo Testamento, él usó una palabra cuyo significado es “común” o “contaminado” y que puede aplicarse perfectamente a una carne que haya sido ofrecida a los ídolos. La admonición de Pablo en 1 Corintios 8 coincide con la conclusión que hace en Romanos 14:15; a saber, debemos ser especialmente cuidadosos para no ofender a un hermano por causa de la carne, de tal forma que no lo hagamos caer o perder su fe.

Esto en ninguna manera podía estar relacionado con la observancia del sábado, ya que el sábado es una de las fiestas de Dios (Levítico 23:1-3) y como tal no es un día en el que uno debe abstenerse de comer carne. El sábado no se menciona en ninguna parte de la Epístola a los Romanos, simplemente porque el sábado no era el tema de la carta. Los días mencionados aquí estaban relacionados directamente con la abstinencia de carne, lo que nos da a entender que eran celebraciones romanas o de otro tipo, y que no tenían nada que ver con los días de adoración ordenados por Dios.

¿Es el sábado una esclavitud? Gálatas 4:9-10

Gálatas 4:9-10 es otro pasaje donde algunos consideran que el apóstol Pablo condenó la observancia del sábado. En estos versículos él escribió: “Mas ahora, conociendo a Dios, o más bien, siendo conocidos por Dios, ¿cómo es que os volvéis de nuevo a los débiles y pobres rudimentos, a los cuáles os queréis volver a esclavizar? Guardáis los días, los meses, los tiempos y los años”.

Aquellos que están en contra de la observancia del sábado ven en la referencia de Pablo a “los días, los meses, los tiempos y los años” una alusión al sábado, los días de fiesta anuales y los años sabáticos y de jubileo dados en el Antiguo Testamento (Levítico 23, 25). Ellos consideran dichas ordenanzas de Dios como “débiles y pobres rudimentos” a los cuales los gálatas querían volverse a “esclavizar” (Gálatas 4:9).

¿Es este el significado de lo que Pablo dijo? Si queremos ver en estos versículos una crítica del sábado, tendremos una dificultad obvia. Al igual que en Romanos 14, la palabra *sábado* tampoco aparece aquí; de hecho, no aparece en ninguna parte de la epístola.

En su argumento en contra del sábado, algunas personas suponen que los “años” a los que se refiere Gálatas 4:10 tienen que ver con los años sabáticos y de jubileo descritos en Levítico 25. Sin embargo, en los días de Pablo el año del jubileo no se practicaba en ninguna parte y el año sabático no se cumplía en ninguna región fuera de Palestina (*Encyclopedia Judaica* [“Enciclopedia Judaica”], Vol. 14, p. 582; y *Jewish Encyclopedia* [“Enciclopedia Judía”], Vol. X, p. 606). El hecho de que Galacia se encuentre en el Asia Menor, muy lejos de Palestina, hace ilógico concluir que Pablo se estuviera refiriendo al año sabático y de jubileo.

Las palabras griegas que Pablo utilizó para decir “días”, “meses”, “tiempos” y “años” son usadas comúnmente en el Nuevo Testamento para describir períodos civiles normales. Son completamente diferentes de los términos precisos que Pablo usó en Colosenses 2:16, en donde se habla de sábados, días de fiesta y celebraciones de luna nueva que se ordenan en las Escrituras. En Colosenses, él usó una terminología exacta cuando habló de observancias bíblicas, pero utilizó unas palabras griegas diferentes en Gálatas, una clara indicación de que estaba tratando temas diferentes en ambas epístolas.

Para entender lo que Pablo estaba diciendo debemos examinar tanto el contexto histórico como el contexto inmediato de estos versículos. Las congregaciones de Galacia estaban compuestas principalmente por gentiles, no judíos. Pablo hizo claro esto cuando dijo que ellos no estaban circuncidados (Gálatas 5:2; 6:12-13); por lo tanto, no podían ser judíos.

No podían volver a lo que no habían guardado

Para entender este controvertido pasaje es necesario tener en cuenta los antecedentes. En Gálatas 4:9-10 Pablo dijo que los gálatas se estaban volviendo “de nuevo a los débiles y pobres rudimentos” que incluían “los días, los meses, los tiempos y los años”. Si los recipientes de esta carta tenían un origen gentil, es muy difícil pensar que los días, meses, tiempos y años a los que ellos se estaban *volviendo* pudieran ser el

sábado o los días de fiesta bíblicos, ya que ellos no podían volver a lo que nunca habían guardado anteriormente.

Esto es más claro aún en el contexto inmediato. En el versículo 8, Pablo escribió: “No conociendo a Dios, servíais a los que por naturaleza no son dioses”. Pablo hacía referencia “claramente a los ídolos paganos, los cuales, en lenguaje típicamente judío, él dice ‘no son dioses’” (James Montgomery Boice, *The Expositor's Bible Commentary* [“Comentario bíblico para el expositor”], Vol. 10, p. 475).

No se estaba refiriendo a ordenanzas bíblicas

¿Es posible que “los débiles y pobres rudimentos” a los cuales ellos se estaban volviendo (vers. 9) pudieran ser las leyes, el sábado y los días de fiesta ordenados por Dios? La palabra griega vertida como “rudimentos” es *stoicheia*, la misma palabra traducida como “rudimentos” anteriormente, en el versículo 3, en el cual Pablo describió a sus lectores como quienes habían estado “en esclavitud, bajo los rudimentos del mundo”. Si decimos que los “rudimentos” del versículo 9 tienen que ver con la ley de Dios, tendremos que decir que en el versículo 3 también se aplican de la misma forma, ya que se usa la misma palabra.

Afirmar que el versículo 3 se refiere a la ley bíblica es muy difícil de comprobar porque “en este caso, tropezaríamos con dos dificultades: (1) Esto no parece aplicarse a los gentiles, ya que el problema de los gentiles no era que habían estado bajo la ley en el pasado . . . y (2) esto no explicaría por qué o cómo Pablo pudo agregar la frase ‘del mundo’ al término *stoicheia*, porque el pensamiento judío siempre ha resaltado el carácter espiritual de la ley de Dios, completamente alejado del mundo, debido a que tiene un origen divino.

“Parece que en los tiempos de Pablo el concepto extremadamente primitivo y antiguo se había expandido hasta el punto en el cual *stoicheia* se refería también al sol, la luna, las estrellas y los planetas. Todos éstos estaban asociados con dioses y deidades y, debido a que marcaban el avance del calendario, estaban asociados también con los grandes festivales paganos que honraban dichos dioses. Para Pablo, estos dioses eran demonios, de ahí que él pensara que, antes de la proclamación del evangelio, los gálatas se encontraban cautivos en una esclavitud demoníaca.

“. . . En los versículos siguientes, Pablo menciona estos tres temas en una rápida sucesión: (1) ‘Los que por naturaleza no son dioses’, probablemente dioses falsos o demonios; (2) ‘los débiles y pobres rudimentos’, otra vez, la palabra *stoicheia*; y (3) ‘los días, los meses, los tiempos y los años’ (vers. 9-10). No cabe duda de que, en lo que se refería a los demonios, Pablo tenía una forma de pensar totalmente diferente de la que habían tenido anteriormente los gálatas . . . Así, este tema adquiere un significado cósmico y espiritual. El contraste fundamental con la libertad en Cristo es la esclavitud a Satanás y a los espíritus malignos” (Boice, p. 472).

Observancias supersticiosas de los días y los tiempos

Es en este contexto que debemos entender que los gálatas estaban guardando días, meses, tiempos y años especiales. La palabra traducida aquí como “guardar” proviene de la palabra griega *paratereo*, que significa “guardar cuidadosamente, observar estrechamente” (W.E. Vine, *Diccionario expositivo de palabras del Nuevo Testamento*, Vol. 2, p. 170). Esta palabra “parece tener el sentido de ‘observancia inquieta, escrupulosa y bien informada, en busca del beneficio propio’ y para la que se buscaban puntos o espacios de tiempo que eran considerados positivos o negativos según el calendario o la astrología” (Gerhard Kittel, *Theological Dictionary of the New Testament* [“Diccionario teológico del Nuevo Testamento”], Vol. 3, p. 148).

Cualesquiera que fueran “los días, los meses, los tiempos y los años” que los gálatas estuvieran guardando, lo estaban haciendo de una manera supersticiosa, de la misma forma en que lo habían hecho antes de su conversión.

Con este contexto en mente, es ilógico concluir que Pablo estaba criticando la observancia del sábado y de los días de fiesta bíblicos, puesto que ni siquiera los mencionó. En cambio, lo que el apóstol estaba condenando eran los esfuerzos equivocados por tratar de alcanzar la salvación por medio de prácticas supersticiosas.

¿Es obsoleto el sábado? Colosenses 2:16-17

El tercer pasaje de los escritos de Pablo que se usa para decir que la observancia del sábado ya no es necesaria se encuentra en Colosenses 2:16-17. El apóstol escribió: “Por tanto, nadie os juzgue en comida o en

bebida, o en cuanto a días de fiesta, luna nueva o sábados, todo lo cual es sombra de lo que ha de venir; pero el cuerpo es de Cristo”.

Examinemos estos versículos dentro del marco histórico y en su contexto para saber si realmente pueden respaldar dicha opinión.

¿Era la intención del apóstol Pablo abolir la observancia del sábado? Si fuera así, encontraríamos ciertos problemas inmediatos con esta interpretación. Si aceptáramos esta suposición sería muy difícil explicar por qué Pablo trató el asunto en forma tan velada que ni siquiera afirmó que la práctica de estos días no era necesaria cuando, según estos versículos, era evidente que los colosenses sí estaban guardándolos. Al fin y al cabo, la congregación de Colosas era principalmente gentil (Colosenses 1:27; 2:13), así que hubiera sido una excelente oportunidad para que Pablo hiciera claro de una vez por todas que estos principios ya no eran válidos ni para los gentiles ni para los demás cristianos.

Sin embargo, Pablo no dijo esto en ninguna parte. Con referencia a la observancia de los días de fiesta, lunas nuevas y sábados, él dijo solamente: “Nadie os juzgue”, lo cual es bastante diferente de decir que estas prácticas eran innecesarias u obsoletas.

No se trataba de observancias bíblicas

Una pregunta fundamental que debemos hacernos es si en realidad Pablo se estaba refiriendo a las prácticas del Antiguo Testamento en este pasaje. ¿Estaba en verdad argumentando que los cristianos no deberían seguir las leyes relacionadas con las carnes limpias e inmundas, los días de fiesta, el sábado o algunas otras leyes del Antiguo Testamento?

Algunas personas suponen que el “acta de los decretos” que fue anulada y clavada en la cruz (vers. 14) fue la ley de Dios y los requisitos que él dio en el Antiguo Testamento. Pero esto no es correcto. La palabra griega traducida como “acta” es *cheirógraphon*, que significa una deuda registrada por escrito; en términos modernos, sería una letra o pagaré. El único pasaje de la Biblia en que aparece esta palabra es en este versículo. En la literatura apocalíptica de aquella época esta palabra se utilizaba para designar “el libro de los pecados” y lo que quería decir era que se había llevado un registro escrito de nuestros pecados.

Pablo no estaba afirmando que la ley de Dios había sido clavada en la cruz. Lo que fue clavado allí, según lo que dijo el apóstol, era el registro de todos nuestros pecados. Debido a que, según la ley, la paga del

¿Fue abolida la ley de Dios en el Nuevo Testamento?

Si el sábado se hubiera abolido en el Nuevo Testamento, deberíamos encontrar numerosos pasajes en los que esto fuera evidente. Para negar uno de los Diez Mandamientos, no podríamos esperar otra cosa.

Jesús afirmó claramente: “Ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido” (Mateo 5:18). En varios pasajes, incluso capítulos enteros del Nuevo Testamento, se nos muestra el propósito espiritual que había en prácticas tales como los sacrificios de animales y la adoración en el templo (Hebreos 7:11-19; 8:1-6; 9:1-15; 10:1-18).

La ley de Dios permanece. De todos los libros de la Biblia, los últimos que se escribieron fueron las epístolas de Juan (escritas entre los años 85 y 95) y el Apocalipsis (hacia el año 95). ¿Fueron abolidos los Diez Mandamientos en esa época? Permitamos que el apóstol mismo nos conteste: “En esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos. El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él” (1 Juan 2:3-4).

Juan definió el pecado como la violación de la ley de Dios: “Todo aquel que comete pecado, infringe también la ley; pues el pecado es infracción de la ley” (1 Juan 3:4). Él sabía que la ley de Dios define nuestro amor por los demás y el amor por Dios: “En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios, cuando ama-

mos a Dios, y guardamos sus mandamientos. Pues este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos” (1 Juan 5:2-3).

La intención de la ley de Dios siempre ha sido el amor: “Este es el amor, que andemos según sus mandamientos. Este es el mandamiento: que andéis en amor, como vosotros habéis oído desde el principio” (2 Juan 6).

El Apocalipsis, inspirado por Jesucristo mismo (Apocalipsis 1:1), también realza la importancia de guardar los mandamientos de Dios. En el capítulo 12 leemos que poco antes del regreso de Jesucristo, Satanás tratará de destruir los miembros de la Iglesia de Dios, “los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo” (vers. 17).

En Apocalipsis 14:12, los santos son descritos como “los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús”. La fe y la obediencia a los mandamientos de Dios van de la mano, como lo explicó el apóstol Pablo en Romanos 3:31.

En el último capítulo de la Biblia encontramos un mensaje final para la Iglesia, de parte de Jesucristo: “Yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para dar a cada uno según su obra . . . ¡Dichosos los que guardan sus Mandamientos, para que tengan derecho al árbol de la vida, y entren por las puertas en la ciudad!” (Apocalipsis 22:12, 14, Nueva Reina-Valera). □

pecado era la muerte (Romanos 6:23), el registro de nuestros pecados era lo que “había contra nosotros, que nos era contrario”, no la ley en sí misma (Colosenses 2:14). Fue dicho registro lo que fue clavado en la cruz, y esto permitió que fuéramos perdonados.

Esto se aclara aún más a medida que leemos el resto del capítulo. Es muy evidente que se trataba de asuntos que no tenían nada que ver con las leyes dadas por Dios en el Antiguo Testamento; entre ellos estaban “principados” y “potestades” (vers. 15), falsa “humildad” y “culto a los ángeles” (vers. 18), preceptos como “no manejes, ni gustes, ni aun toques” (vers. 21) y “duro trato del cuerpo” (vers. 23).

Además, Pablo se refirió a las falsas enseñanzas que existían en Colosas como un engaño basado en “palabras persuasivas” (vers. 4), “filosofías y huecas sutilezas” y “tradiciones de los hombres” (vers. 8); también se refirió a someterse a “preceptos” de este mundo (vers. 20) y a “mandamientos y doctrinas de hombres” (vers. 22).

¿Es acaso posible que Pablo, el mismo que afirmó en Romanos 7:12 que la ley es “santa, justa y buena”, se estuviera refiriendo en estos versículos a la misma ley? ¿O estaba hablando más bien de un tema completamente diferente?

Infiltración del nosticismo

Si tenemos en cuenta el contexto histórico, la respuesta a estos interrogantes será clara. A medida que la Iglesia creció y se desarrolló en el primer siglo, tuvo que enfrentarse a una infiltración progresiva del nosticismo. La influencia que alcanzó este pensamiento y práctica es particularmente evidente en los escritos de Pablo, Pedro y Juan.

El nosticismo “era principalmente una postura en parte religiosa y en parte filosófica; no fue un sistema bien definido” (Curtis Vaughan, *The Expositor's Bible Commentary* [“Comentario bíblico para el expositor”], Vol. 11, p. 166). Como tal, nunca fue una religión bien establecida, sino más bien un planteamiento acerca de las creencias personales de cada uno. El tema central del nosticismo era el conocimiento secreto (el término *nosticismo* se deriva de la palabra griega *gnosis*, que significa “conocimiento”), el cual podía mejorar la religión de uno.

La enseñanza principal del nosticismo consistía en que el espíritu era totalmente bueno y la materia totalmente mala. A partir de esta dualidad, que no tenía fundamento en las Escrituras, se derivaban errores

muy grandes. Entre estos errores se encontraba el concepto de que por estar compuesto de materia, el cuerpo humano era por lo tanto malo; en cambio Dios, por ser compuesto enteramente de espíritu, era por lo tanto bueno. Según el nosticismo, la salvación era una liberación del cuerpo que se alcanzaba no por medio de la fe en Jesucristo sino por medio de un conocimiento especial. Y debido a que el cuerpo se consideraba malo, se creía que debía ser tratado duramente. Esta forma ascética del nosticismo fue el motivo de una parte de la carta a los colosenses.

Además de estas creencias, “el nosticismo, en todas sus formas, se caracterizaba por la creencia . . . en seres mediadores” y “el conocimiento al cual se referían los nósticos . . . era un conocimiento adquirido mediante una experiencia mística, no en un proceso intelectual. Este conocimiento oculto estaba impregnado de supersticiones basadas en la astrología y la magia. Por otra parte, este conocimiento esotérico estaba al alcance únicamente de aquellos que habían sido iniciados en el conocimiento de los misterios del sistema nóstico” (Vaughan, p. 167).

Referencias a las enseñanzas nósticas

Todos los elementos que hemos anotado eran elementos que hacían sentir su influencia en la congregación de los colosenses. No hay duda de que Pablo estaba combatiendo el supuesto conocimiento especial que los nósticos afirmaban tener, y estaba mostrándoles a los colosenses el conocimiento más elevado de Dios y Jesucristo (Colosenses 1:9, 25-29; 2:2-3), el cual lleva a la salvación.

Pablo les escribió: “Esto lo digo para que nadie os engañe con palabras persuasivas” (Colosenses 2:4). Él describió este conocimiento secreto como “filosofías y huecas sutilezas, según las tradiciones de los hombres, conforme a los rudimentos del mundo, y no según Cristo” (vers. 8). El conocimiento más importante, según Pablo, es el conocimiento “de Dios el Padre, y de Cristo, en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento” (vers. 2-3).

Algunos adeptos a esta herejía sentían una profunda reverencia por los ángeles y otros poderes espirituales. Pablo advirtió a los colosenses sobre aquellos que se deleitaban en el “culto a los ángeles” (vers. 18). Les dijo que a la luz de la inmensidad del sacrificio de Cristo, estos

supuestos principados y potestades espirituales no tenían valor alguno como mediadores para tener acceso a Dios (vers. 10, 15).

Ascetismo estricto

Basados en la creencia de que el espíritu era bueno y la carne era mala, estos maestros enseñaban un ascetismo estricto en el cual se negaban completamente a sí mismos y rechazaban cualquier placer físico. Mediante el “duro trato del cuerpo” (vers. 23), ellos esperaban lograr un grado más alto de espiritualidad. Pablo se refería a los preceptos de “no manees, ni gustes, ni aun toques” (vers. 21) como preceptos que tenían que ver con “cosas que todas se destruyen con el uso”, porque estaban basados en “mandamientos y doctrinas de hombres” (vers. 22) en lugar de estar basados en las enseñanzas de Dios.

Este ascetismo nóstico primitivo probablemente integró conceptos gentiles con elementos del judaísmo, por ejemplo la circuncisión (vers. 11). Parece que la herejía de los colosenses era una mezcla de una forma radical de judaísmo con conceptos del nosticismo primitivo.

Si analizamos las enseñanzas específicas que Pablo desmintió, es evidente que una o más ramas del judaísmo estaban influidas por el nosticismo e infiltraron la congregación de los colosenses con conceptos que eran una mezcla de ascetismo judaico y creencias nósticas. El enfoque ascético de estos falsos maestros los llevaba a condenar a quienes en su práctica religiosa no estaban a la altura de las normas ascéticas que ellos enseñaban. Por lo tanto, Pablo les advirtió a los colosenses: “Nadie os juzgue en comida o en bebida . . .” (vers. 16).

Juzgados no por el hecho de guardar el sábado, sino por cómo lo guardaban

Los colosenses no estaban siendo juzgados por el *hecho* de guardar las fiestas, las lunas nuevas y los sábados como tales; más bien, estaban siendo juzgados por su *manera* de hacerlo, aparentemente una manera alegre y gozosa. Estos días fueron dados por Dios como fiestas y celebraciones, algo radicalmente diferente del enfoque ascético del nosticismo tan evidente en este capítulo.

El nosticismo también les atribuía cierta importancia a las estrellas y los planetas, y Pablo se refería a ello como “los rudimentos del mundo” (vers. 8). Es probable que esta perspectiva habría influido en

la manera que tenían los nósticos de guardar cualquier día especial, incluso los días de fiesta, las lunas nuevas y los sábados, debido a que el calendario que determinaba las fechas de todos ellos estaba regido por los cuerpos celestes.

Al advertir a los colosenses que no se dejaran juzgar de nadie por la forma en que estaban celebrando las fiestas, las lunas nuevas y los sábados, Pablo no los estaba criticando por el hecho de estarlos guardando. Si analizamos la clara implicación de estos versículos, resulta obvio que los cristianos gentiles sí guardaban estos días y en ninguna manera se les dijo que dejaran de hacerlo.

El punto que Pablo estaba aclarando era que los cristianos no deberían ser criticados por guardar estos días de una manera festiva. Les advirtió que no se dejaran juzgar por aquellas personas que se valían de los conceptos errados del ascetismo para definir qué podían comer, qué podían beber y cómo debían celebrar los sábados y las fiestas de Dios (vers. 16). El contexto de Colosenses 2:16 es el ascetismo basado en el nosticismo primitivo, no un análisis de cuáles leyes bíblicas aún estaban vigentes para los cristianos.

Sombra de las cosas por venir

¿Qué podemos decir acerca de la afirmación de Pablo en Colosenses 2:17 de que el sábado y los días de fiesta eran “sombra de lo que ha de venir”? ¿Es cierto que Jesucristo cumplió totalmente en su primera venida lo que representaban estos días, de manera que ahora carecen de importancia y son obsoletos?

En realidad, Pablo dijo que eran “sombra de lo que *ha de venir*”, lo que implica un cumplimiento futuro que aún no se ha dado. La palabra griega traducida como “por venir” es *mello*, que significa “estar a punto (de ser o hacer)” y denota “propósito, certidumbre, obligación o necesidad” (W. E. Vine, *Diccionario expositivo de palabras del Nuevo Testamento*, Vol. 4, p. 225).

Pablo utiliza la misma expresión en Efesios 1:21 al decir que Jesucristo tiene preeminencia “sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero”. Haciendo un contraste entre el mundo actual y el mundo “venidero”, él indica claramente que habrá un cumplimiento futuro.

¿Por qué el mandamiento de guardar el sábado no se repite en el Nuevo Testamento?

Algunas personas suponen que debido a que el mandamiento de guardar el sábado no se repite explícitamente en el Nuevo Testamento, debemos concluir que ya no está vigente.

El mandamiento del sábado no se repitió en el Nuevo Testamento debido a que las personas a quienes predicaban Jesús y los apóstoles jamás se hubieran imaginado que existía la necesidad de que se lo repitieran.

Los libros que más tarde se conocieron como el Antiguo Testamento eran lo que estas personas conocían como las Escrituras, su guía para vivir (Romanos 15:4). Refiriéndose a estos libros, el apóstol Pablo dijo: “Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redarguir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra” (2 Timoteo 3:16-17). Las Escrituras ordenaban claramente que era necesario guardar el sábado, y la gente aceptaba que esa era la instrucción inspirada por Dios.

Durante el ministerio de Jesucristo, él y los apóstoles vivieron y enseñaron en una sociedad que guardaba el sábado. Las confrontaciones entre Jesús y los fariseos se presentaron respecto a la forma en que debía

guardarse el sábado, no sobre si debía guardarse o no.

Cuando los apóstoles llevaron el mensaje más allá de los confines de Judea, la observancia del sábado era bien conocida en otras partes del Imperio Romano. El historiador judío Flavio Josefo, escribiendo durante la época de la Iglesia del Nuevo Testamento, dijo: “Gran parte de la humanidad ha sentido una gran inclinación hacia nuestras prácticas religiosas; porque no existe ninguna ciudad de los griegos ni de los bárbaros, ni ninguna nación, a la que nuestra costumbre de descansar en el séptimo día no haya llegado . . . Así como Dios mismo está presente en todo el mundo, así también nuestra ley ha ido a todas partes” (Contra Apion, 2, 40).

Los ejemplos de Jesús y los apóstoles confirman que ellos creían y obedecían los Diez Mandamientos. En todo el libro de los Hechos, escrito por Lucas, un gentil, el sábado y las fiestas ordenadas en Levítico 23 son mencionados con toda naturalidad, lo cual nos indica que era costumbre de la Iglesia primitiva guardarlos (Hechos 13:14, 42, 44; 16:13; 17:2; 18:4, 21; 20:6, 16; 27:9). Simplemente no estaba en entredicho si debían guardarse o no. □

Este futuro cumplimiento también está claramente indicado en la afirmación de que todo aquello “es sombra de lo que ha de venir” (Colosenses 2:17). La palabra griega *esti*, que se traduce aquí como “es”, está en tiempo presente y significa “ser” o “es” (Spiros Zodhiates, *The Complete Word Study Dictionary of New Testament Words* [“Diccionario analítico completo de las palabras del Nuevo Testamento”], p. 660). Si Pablo hubiera querido decir que el sábado y los días de fiesta se habían cumplido en Jesucristo y que por lo tanto eran obsoletos, tendría que haber usado la expresión “*fueron* sombra de lo que *había* de venir”.

La forma cuidadosa en que Pablo escogió estas palabras hace muy claro que el sábado y los días de fiesta *son* una sombra de las cosas que aún están por venir, y no que fueron una sombra de las cosas que se cumplieron y quedaron obsoletas en Jesucristo.

Actos físicos que nos enseñan lecciones espirituales

Algunos suponen que ciertos actos físicos relacionados con la adoración —debido a que son simplemente representaciones o símbolos de verdades espirituales más grandes— han sido cumplidos en Cristo en el Nuevo Testamento y que, por lo tanto, son obsoletos e innecesarios. Tales personas incluyen en esta categoría el sábado y las fiestas de Dios, basándose en el comentario de Pablo de que son “sombra de lo que ha de venir”.

Pero este razonamiento es erróneo. El solo hecho de que algo sea una sombra, una representación o un símbolo no significa que su importancia sea menor. Tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo, Dios ordenó símbolos y acciones simbólicas para enseñarnos lecciones espirituales muy importantes.

El bautismo es un acto simbólico que representa una verdad espiritual más grande: el entierro del viejo yo para vivir una nueva vida (Romanos 6:3-4); sin embargo, se nos ordena ser bautizados (Hechos 2:38). El pan y el vino del servicio de la Pascua son símbolos de una relación espiritual fundamental que tenemos con Jesucristo, pero se nos indica claramente que debemos participar de ellos (1 Corintios 10:16; 11:28).

La imposición de manos (Hebreos 6:2), la unción con aceite (Santiago 5:14), el lavado de pies (Juan 13:14), el comer pan sin levadura

(1 Corintios 5:6-8) y otras acciones físicas que se nos ordenan en el Nuevo Testamento deben ser guardadas, no porque sean mayores que las cosas que simbolizan sino porque fortalecen y mejoran nuestro entendimiento espiritual a medida que las practicamos. Al fin y al cabo, nosotros somos seres humanos físicos que buscamos entendimiento espiritual. Dios nos ha dado actos y símbolos físicos para ayudarnos a entender mejor las lecciones espirituales.

Estos ejemplos nos muestran que los símbolos y las acciones simbólicas no están limitados estrictamente a la adoración física del Antiguo Testamento, sino que también están ordenados como elementos muy importantes del culto que se rinde a Dios en el Nuevo Testamento; como Pablo mismo lo reconoció, son recordatorios vitales de verdades espirituales muy importantes (1 Corintios 11:23-26). Lo mismo se aplica con relación al sábado. Jesucristo, por medio de lo que hizo y lo que enseñó en este día, mostró que el descanso sabático prefigura la venidera época mesiánica de paz, descanso, libertad y sanidad.

Colosenses 2:16-17 no se refiere de ninguna manera a la permanencia o la transitoriedad del sábado. De hecho, en toda la epístola el apóstol Pablo ni siquiera citó el Antiguo Testamento. Él usó la palabra griega *nomos*, que significa “ley”, decenas de veces en otros escritos, pero ni una sola vez en la Epístola a los Colosenses. ¿Por qué? Porque ni el Antiguo Testamento ni la ley de Dios eran el tema de la carta.

Lejos de negar la observancia del sábado, las instrucciones que Pablo dio a los colosenses, escritas hacia el año 62 de la era cristiana, confirman que los cristianos gentiles estaban guardando el sábado más de 30 años después de la muerte de Cristo y que en la actualidad el sábado continúa siendo un recordatorio muy importante de verdades espirituales fundamentales.

La historia consignada en el libro de los Hechos

En lo referente a los escritos del apóstol Pablo, en este capítulo hemos analizado los tres pasajes más comúnmente citados con la intención de probar que él abolió la observancia del sábado. Como hemos visto, sin embargo, en dos de dichos pasajes ni siquiera se menciona el sábado y el tercero confirma que los creyentes gentiles sí lo estaban guardando, puesto que Pablo los exhortó a que no se dejaran juzgar de nadie por su manera de hacerlo.

'Queda un reposo sabático'

La Epístola a los Hebreos utiliza comparaciones gráficas para hacer ver a los lectores judíos que el sábado no sólo les recuerda que Dios es el Creador de los israelitas y aquel que los sacó de la esclavitud en Egipto (Éxodo 20:8-11; Deuteronomio 5:12-15), sino que su significado es mucho más amplio.

En Hebreos 3:1-6 se nos habla de la fidelidad de Moisés y de Cristo. Comenzando en el versículo 7, el Salmo 95 es citado para mostrar que la primera generación de Israel había fallado; esto es una lección para el pueblo de Dios en la actualidad. La incredulidad fue la principal causa de que no pudieran entrar en el descanso prometido (vers. 19).

El capítulo 4 comienza con una advertencia de que la fe y la obediencia son requisitos para entrar en el descanso que todavía está al alcance del pueblo de Dios. Nadie ha entrado todavía en ese reposo y esto no se debe a que Dios no lo tenga listo ya; de hecho, él finalizó todas sus obras desde la fundación del mundo (Hebreos 4:3). La prueba de esto se ve en el hecho de que Dios descansó en el séptimo día de todas sus obras (vers. 4). Mucho después de que Josué había llevado a la segunda generación de Israel a descansar en la Tierra Prometida, David habló de la promesa de un reposo (Salmo 95). Esto demuestra que el descanso que alcanzaron en el tiempo de Josué era tan sólo un anticipo de un reposo muchísimo mayor que todavía está por venir (vers. 6-8).

Llegamos ahora al versículo que es fuente de controversia: "Por tanto, queda un reposo [sabático] para el

pueblo de Dios" (vers. 9). La palabra griega traducida como "reposo" en los capítulos 3 y 4 de Hebreos es *kata-pausis*; en cambio, la palabra reposo de Hebreos 4:9 es una traducción de *sabbatismos*. Este es el único lugar del Nuevo Testamento en donde es usada esta palabra y su significado es la clave para entender este importante versículo que es la conclusión de todo lo que se ha dicho a partir de Hebreos 3:7 acerca del reposo.

El Anchor Bible Dictionary ["Diccionario bíblico Anchor"] nos dice lo siguiente acerca del significado de *sabbatismos*: "La palabra 'reposo [sabático]' es una traducción del sustantivo *sabbatismos*, una palabra única en el Nuevo Testamento. Este término también es usado por Plutarco . . . al referirse a la observancia del sábado, y en cuatro escritos cristianos poscanónicos . . . que puntualizan acerca de 'la celebración sabática' del séptimo día".

El mencionado diccionario continúa con un análisis del contexto: "El autor . . . afirma en Hebreos 4:3-11, mediante el empalme de las citas de Génesis 2:2 y Salmos 95:7, que el 'reposo' prometido encierra una completa realización 'para el pueblo de Dios' en . . . los tiempos del fin que comenzaron con la aparición de Jesús [He. 1:1-3]. . . El experimentar el 'reposo [sabático]' está relacionado con la realidad de un 'reposo' (*katapausis*) actual en el que 'los que hemos creído entramos' (4:3) y señala la realidad de un 'reposo' futuro (4:11). La observancia del sábado como un descanso físico por parte de un creyente del nuevo pacto . . . es un ejem-

plo perfecto del descanso de las 'obras' (4:10) en conmemoración del reposo de Dios al terminar su creación (4:4 = Génesis 2:2) y manifiesta la fe en la salvación dada por Cristo.

"Hebreos 4:3-11 afirma que el 'reposo [sabático]' físico (*sabbatismos*) es la manifestación exterior semanal de la experiencia interior de un reposo espiritual (*katapausis*) en el que el descanso final . . . ya se experimenta 'hoy' . . . (4:7). Por lo tanto, el 'reposo [sabático]' combina en sí mismo la conmemoración de la creación, la experiencia de la salvación y la esperanza del cumplimiento en los tiempos finales (*eschaton*) a medida que la comunidad de creyentes avanza hacia la consumación final del descanso y la restauración totales".

El mencionado diccionario bíblico concluye decisiva y correctamente que *sabbatismos* significa guardar el séptimo día, el sábado. Así Hebreos 4:9, sin disminuir el significado y las implicaciones que el sábado tenía bajo el antiguo pacto, hace hincapié en la necesidad de continuar guardando este día en el contexto del nuevo pacto.

El libro de Hebreos fue escrito a los judíos cristianos con el fin de explicarles la transición del antiguo pacto al nuevo. El sábado y la circuncisión se consideraban como los dogmas más importantes del judaísmo, que identificaban a los judíos como "el pueblo de Dios". Sin embargo, en los tiempos de Cristo, el significado del sábado había desaparecido bajo una montaña de prohibiciones y un sinfín de reglas.

El sábado se había convertido en una pesada carga a medida que su observancia se había degenerado por la esclavitud del legalismo, perpetuada

por la mentalidad estrecha de los escribas y fariseos. Jesucristo condenó todas estas tradiciones humanas y nos dejó el ejemplo de cómo guardar el sábado para hacer de éste el regalo que Dios había querido que fuera para la humanidad (Marcos 2:27-28).

¿Qué podría ser más apropiado en la Epístola a los Hebreos que mostrar toda la magnificencia del sábado al explicar claramente su significado y propósito dentro del plan de Dios?

El sábado conserva todos los elementos que tenía bajo el antiguo pacto al identificar a las personas llamadas por Dios como "su pueblo" y recordarles continuamente que él es su Creador. Pero con el nuevo pacto se introduce el significado de que por medio de Cristo entramos en otro reposo, el verdadero cumplimiento del reposo anunciado cuando Israel entró en la Tierra Prometida (Hebreos 4:8).

El descanso espiritual comienza ahora en esta vida y alcanzará su realización total con la resurrección a la vida eterna cuando regrese Jesucristo (Apocalipsis 20:6). Su regreso dará comienzo también al descanso milenarío profetizado en el Antiguo Testamento.

La Epístola a los Hebreos entrelaza inteligentemente tres tipos de descanso: el descanso de los enemigos prometido a Israel, el descanso semanal y el descanso espiritual por medio de Cristo. La conclusión es que para el pueblo de Dios, la Iglesia del Nuevo Testamento, aún es necesario guardar el sábado. Como lo afirma Hebreos 4:10-11, debemos procurar entrar en el reposo espiritual y debemos continuar guardando el sábado en reconocimiento de lo que representa en el plan maestro de Dios. □

Además de las palabras de Pablo, sus acciones también mostraron que él nunca pretendió abolir o cambiar el sábado, y que él mismo lo guardó.

En el capítulo 13 del libro de los Hechos encontramos que 10 a 15 años después de que Pablo milagrosamente fue convertido, él y sus compañeros viajaron a Antioquía en el Asia Menor, en donde “entraron en la sinagoga un sábado” (vers. 14). Después de haber sido invitado a hablar delante de la congregación, Pablo se dirigió tanto a judíos como a prosélitos gentiles (vers. 16), describiéndoles cómo la venida de Jesucristo había sido profetizada a todo lo largo de las Escrituras que nosotros llamamos el Antiguo Testamento.

Su mensaje fue recibido con tanto entusiasmo que “cuando salieron ellos de la sinagoga de los judíos, los gentiles les rogaron que el siguiente sábado les hablasen de estas cosas” (vers. 42). Debemos tener en cuenta que los gentiles que estaban presentes le pidieron a Pablo que les enseñara más acerca de Cristo el próximo sábado. ¿Por qué? Porque estos gentiles ¡ya estaban guardando el sábado con los judíos en la sinagoga!

¿Cuál fue la respuesta de Pablo a la solicitud de los gentiles? “El siguiente sábado se juntó casi toda la ciudad para oír la palabra de Dios” (vers. 44). Si Pablo ya no creyera en la importancia del sábado, les podría haber respondido que podía enseñarles al día siguiente o en cualquier otro día. Pero en lugar de esto, lo que hizo fue esperar hasta el sábado siguiente, cuando “se juntó casi toda la ciudad”, tanto judíos como gentiles, para oír su mensaje.

Los gentiles de la ciudad, al oír que Pablo había sido comisionado para predicar el evangelio a los gentiles, “se regocijaban y glorificaban la palabra del Señor, y creyeron todos los que estaban ordenados para vida eterna” (vers. 48). El sábado ordenado por Dios era el día normal de descanso, de reunión y de instrucción en los caminos de Dios.

Aproximadamente cinco años más tarde, en lo que hoy conocemos como Grecia, Pablo y sus compañeros “llegaron a Tesalónica, donde había una sinagoga de los judíos. Y Pablo, como acostumbraba, fue a ellos, y por tres sábados, discutió con ellos, declarando y exponiendo por medio de las Escrituras, que era necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos; y que Jesús, a quien yo os anuncio, decía él, es el Cristo” (Hechos 17:1-3). Aquí, más de 20 años después de la muerte y

resurrección de Jesús, ¡la costumbre de Pablo todavía era asistir a la sinagoga los sábados para dialogar acerca de las Escrituras y enseñar a la gente acerca de Jesucristo!

Él continuó enseñando tanto a judíos como a gentiles, “y algunos de ellos creyeron, y se juntaron con Pablo y con Silas; y de los griegos piadosos gran número, y mujeres nobles no pocas” (vers. 4). Pablo, designado específicamente para predicar el evangelio a los gentiles (Hechos 9:15; 13:47), ¡les enseñó a los gentiles en las sinagogas en el sábado!

Algunos años más tarde, él fue a la ciudad griega de Corinto, en donde “discutía en la sinagoga todos los sábados, y persuadía a judíos y a griegos” (Hechos 18:4). Después, fue a Éfeso en el Asia Menor, “y entrando Pablo en la sinagoga, habló con denuedo por espacio de tres meses, discutiendo y persuadiendo acerca del reino de Dios” (Hechos 19:8).

El libro de los Hechos fue escrito hacia el año 63 de la era cristiana, poco antes de que Pablo fuera ejecutado en Roma, y relata la historia de los primeros 30 años de la Iglesia del Nuevo Testamento. Nos muestra que la costumbre de Pablo durante todo ese período fue enseñar a los judíos y a los gentiles en el sábado. Aunque él fue el apóstol de los gentiles, no hay indicación alguna de que les hubiera insinuado que el sábado era obsoleto o que ya no era necesario guardarlo.

Para decir que el apóstol Pablo anuló o declaró obsoleto el sábado, es necesario torcer sus palabras a tal grado que contradigan directamente varias de sus afirmaciones muy claras acerca de la ley de Dios. Además, es preciso pasar por alto o desvirtuar la historia que Lucas, un testigo ocular, escribió acerca de la Iglesia en aquel tiempo. El libro de los Hechos no contiene prueba alguna de que el sábado hubiera sido cambiado o anulado en aquellos días.

En los procesos judiciales en contra suya, Pablo aseguró a todos los que le oían que él creía todas las cosas de la ley y que no había pecado en contra de ella (Hechos 24:14; 25:8). Declaró que la ley de Dios no había sido invalidada por la fe, sino que por el contrario ésta *confirmaba* la ley (Romanos 3:31).

Él sacó en conclusión que “la circuncisión nada es, y la incircuncisión nada es, sino el guardar los mandamientos de Dios” (1Corintios 7:19). Esta es una declaración inequívoca: Es importante que obedezcamos los mandamientos de Dios; son de vital importancia en nuestra relación con él.

Al guardar el sábado, Pablo simplemente estaba haciendo lo que les había dicho a los demás que hicieran: “Sed imitadores de mí, así como yo de Cristo” (1 Corintios 11:1). Él guardó el sábado de la misma manera que lo había hecho su Amo y Señor.

Deleitarse en la ley de Dios

Pablo dijo: “Me deleito en la ley de Dios” (Romanos 7:22), y en ningún momento declaró que la estaba aboliendo. También dijo: “La ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno” (vers. 12).

Él no tenía la perspectiva de que el Nuevo Testamento reemplazara al Antiguo, pues en ese tiempo no existía lo que ahora se conoce como el Nuevo Testamento; éste no fue compilado hasta varias décadas después de la muerte de Pablo. El apóstol citó el Antiguo Testamento en numerosas ocasiones, reconociéndolo y usándolo como su autoridad y guía para vivir (Romanos 15:4; 2 Timoteo 3:15).

La Iglesia del Nuevo Testamento continuó con las prácticas del Antiguo Testamento —entre ellas la observancia del sábado— pero con un mayor entendimiento y comprensión de su significado espiritual.

El sábado de Dios en el mundo actual

“Si retrajerés del sábado tu pie, de hacer tu voluntad en mi día santo, y lo llames delicia, santo, glorioso del Eterno . . . entonces te deleitarás en el Eterno . . .” (Isaías 58:13-14).

¿Tiene alguna importancia el sábado? ¿Es realmente práctico guardarlo en el mundo actual? ¿Cómo se debe observar el sábado hoy? Para responder a estas preguntas, debemos analizar lo que la Biblia, la Palabra inspirada de Dios, nos revela.

Jesucristo dijo que él era “Señor del sábado” y que “el sábado fue hecho para el hombre, no el hombre para el sábado” (Marcos 2:27-28, Nueva Reina-Valera). Él no limitó el sábado diciendo que fue creado para un grupo particular de personas en un momento determinado; por el contrario, afirmó que había sido hecho para toda la humanidad y para siempre. Fue preservado en los Diez Mandamientos, corazón y núcleo de la ley divina para el hombre.

La correcta relación con Dios

Si el sábado fue hecho para la humanidad, ¿con qué propósito fue hecho?

En los capítulos 58 y 59 de Isaías se nos enseña que la humanidad está separada de Dios a causa de los pecados: “He aquí que no se ha acortado la mano del Eterno para salvar, ni se ha agravado su oído para

oír; pero vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír” (Isaías 59:1-2). En estos versículos se resalta la hipocresía de aquellos que dicen buscar a Dios, pero que sin embargo tienen el corazón lleno de pecado y de malas intenciones (Isaías 58:1-4; 59:3-15).

¿En qué consiste la verdadera adoración?

Uno de los temas de esta publicación es el concepto de “adoración”. Para la mayoría de las personas, la adoración implica alguna clase de ceremonia pública con himnos y alabanza, oraciones y una liturgia previamente establecida. Para muchos, estos servicios religiosos representan lo que significa el concepto de adorar a Dios. Pero esto nos muestra sólo una parte del cuadro.

La definición de adorar es: “Reverenciar con sumo honor o respeto. || Rendir a la divinidad el culto que le es debido” (Pequeño Larousse Ilustrado).

Apreciar el valor de Dios

La forma en que adoramos a Dios muestra si él realmente tiene importancia en nuestra vida. Ciertas prácticas religiosas externas, tales como ritos, ceremonias y oraciones, pueden mostrar adoración. Pero debemos prestar especial atención a lo que Dios nos dice en su Palabra.

Dios nos dice que aquellos que le adoran deben adorarle “en espíritu y en verdad” (Juan 4:23). Cuando Satanás tentó a Jesús y quiso que lo adorara, éste le replicó: “Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás” (Mateo

4:10). El apóstol Pablo hizo equivalente la adoración a Dios con “creer todas las cosas que en la ley y en los profetas están escritas” (Hechos 24:14); esta es una clara referencia a lo que hoy llamamos el Antiguo Testamento.

Dios quiere que la humanidad le adore en verdad. Hacemos esto cuando lo honramos, cuando lo servimos y cuando acatamos sus instrucciones. Cristo dijo que debemos vivir “de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Mateo 4:4). Nuestra adoración a Dios debe reflejarse en la forma en que vivimos nuestra vida diaria. El cristianismo es una forma de vida (Hechos 18:25-26; 19:9, 23; 22:4; 24:14, 22). Es un modo de pensar, actuar y vivir que rige todos los aspectos de nuestra existencia.

Lo que implica la adoración

La verdadera adoración a Dios implica nada menos que una transformación interior del corazón humano por la fe en Jesucristo y en su sacrificio. Las prácticas externas de adoración por sí mismas son insuficientes. Dios está buscando a quienes le adoren en espíritu, con un corazón transformado y convertido.

Dios nos muestra cómo podemos ser reconciliados con él: “Venrá el Redentor a Sion, y a los que *se volvieren de la iniquidad . . .*” (Isaías 59:20). Jesucristo es nuestro profetizado Redentor, aquel que por medio del sacrificio de su vida redimirá a la humanidad y hará que se vuelva a Dios (Juan 3:16; 1 Pedro 1:18-19; 1 Juan 2:2; 4:9-10).

La verdadera adoración implica mucho más que alabar a Dios en un servicio religioso. En realidad, la adoración a Dios es algo que se define a todo lo largo y ancho de las Escrituras, no en un solo pasaje. No se limita a la alabanza; y en el más amplio sentido de la palabra, adorar a Dios significa reconocerlo verdaderamente, conocer su naturaleza, sus atributos, sus caminos y sus enseñanzas, lo que se demuestra derramando el corazón en alabanza y gratitud, y en las acciones que correspondan a dicho reconocimiento.

Jesucristo reprendió duramente a los dirigentes religiosos de su época, porque ellos tergiversaban los mandamientos de Dios y los sustituían por sus erróneas interpretaciones humanas (Mateo 15:9; Marcos 7:7). Les dijo que tal adoración era una adoración vana. Cristo dirigió sus palabras más duras a aquellos que decían adorar a Dios pero se negaban a aceptar sus leyes y no acataban su voluntad; les advirtió que tal adoración era vacía, que no tenía mérito alguno y que era completamente inaceptable para Dios y para él (Mateo 7:21-23).

Vivimos en una época en la que las personas están desilusionadas con los servicios religiosos tradicionales. Los encuentran vacíos, sin sentido y completamente ajenos al diario trajinar de la vida. Este es el momento para ana-

lizar en realidad lo que es la verdadera adoración. Adorar a Dios adquiere una importancia fundamental en nuestra vida actual —y en el cumplimiento de nuestro asombroso potencial— cuando podemos entender su verdadero significado.

De gran significado

Para muchos que profesan el cristianismo, puede ser sorprendente enterarse de que el séptimo día de la semana —el sábado, el día de reposo, el día ordenado por Dios para descanso y adoración —no ha sido abrogado. Aún continúa vigente por muchísimos motivos, como lo hemos estudiado en este folleto. Está lleno de significado y es absolutamente importante en la vida de todo ser humano. Cuando hacemos caso omiso de su observancia nos estamos privando de recibir una de las bendiciones más grandes que Dios le ha dado al hombre.

La verdadera adoración que Dios espera y nos ordena está directamente ligada al sábado. En contraste, la observancia del primer día de la semana no tiene respaldo en la autoridad de Dios ni en su Palabra, sino en la autoridad del hombre. La pregunta entonces que debemos hacernos es si Dios acepta nuestra adoración cuando pasamos por alto su mandamiento tan claro respecto a la necesidad de guardar el sábado. □

Dios también nos dice cómo podemos establecer una relación correcta con él. Para hacerlo es necesario que con humildad ayunemos, buscando entender a Dios y sus caminos: “Entonces invocarás, y te oírás el Eterno; clamarás, y dirá él: Heme aquí . . . en las tinieblas nacerá tu luz, y tu oscuridad será como el mediodía. El Eterno te pastoreará siempre, y en las sequías saciará tu alma, y dará vigor a tus huesos; y serás como huerto de riego, y como manantial de aguas, cuyas aguas nunca faltan” (Isaías 58:9-11).

Según este pasaje de la Escritura, existe otro elemento fundamental en nuestra correcta relación con Dios: el correcto entendimiento y observancia del sábado: “Si retrajerés del sábado tu pie, de hacer tu voluntad en mi día santo, y lo llames delicia, santo, glorioso del Eterno; y lo venerares, no andando en tus propios caminos, ni buscando tu voluntad, ni hablando tus propias palabras, entonces te deleitarás en el Eterno; y yo te haré subir sobre las alturas de la tierra, y te daré a comer la heredad de Jacob tu padre; porque la boca del Eterno lo ha hablado” (vers. 13-14).

Aquí vemos claramente qué fue lo que se propuso Dios al darnos el sábado: La observancia de este día forma parte de una relación correcta y estrecha con él. Tiene que ver con honrar a Dios. Al guardar este día santo, sometemos y entregamos una de nuestras más valiosas posesiones, nuestro tiempo, a la tarea de cultivar una relación profunda con Dios.

Para guardar el sábado correctamente, según lo leemos en las instrucciones que Dios hizo consignar en la Biblia, es necesario que dejemos de andar en nuestros propios caminos, de buscar nuestra voluntad y de hablar nuestras propias palabras. Todas estas acciones, según Dios, pisotean su tiempo santo.

Pero el sábado no es un día para no hacer nada. Es un tiempo para cultivar nuestra relación con Dios. Como él mismo nos lo dice, es una delicia, un tiempo para deleitarnos en el Eterno. En lugar de pasar el sábado pensando en nuestros propios asuntos e intereses, apartamos este tiempo para concentrarnos en todo aquello que complace a Dios y que fortalece nuestra relación con él.

Una relación estrecha con Dios

¿Cómo podemos establecer una relación estrecha con Dios? Lo hacemos por medio del contacto y la comunicación. Nosotros le hablamos

por medio de la oración y él nos habla por medio de su Palabra inspirada, la Biblia. Estos son puntos claves en una relación estrecha con Dios.

“Perseverad en la oración”, nos exhorta el apóstol Pablo en Colosenses 4:2; y en 1 Tesalonicenses 5:16-18 nos instruye: “Estad siempre gozosos. Orad sin cesar. Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús”. Y Santiago nos dice: “La oración eficaz del justo puede mucho” (Santiago 5:16).

Jesucristo esperaba que sus seguidores orarían; por eso les dijo: “Cuando oréis . . .” (Mateo 6:5-7; Marcos 11:24; Lucas 11:2). Les dio instrucciones específicas respecto a la oración, animándolos sobre “la necesidad de orar siempre, y no desmayar” (Lucas 18:1).

El sábado de Dios es una excelente oportunidad para tener mayor contacto con nuestro Creador mediante la oración. Al suspender nuestros quehaceres diarios y otras actividades en ese día, disponemos de más tiempo para estrechar y profundizar nuestra relación con él.

El sábado nos brinda la ocasión de escuchar a Dios. Su instrucción nos es dada a lo largo de la Biblia: “Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra” (2 Timoteo 3:16-17).

El sábado no solamente nos permite entender mejor los caminos de Dios, sino que también nos ayuda a entender mejor nuestros propios pensamientos y motivaciones, haciéndonos ver en dónde debemos cambiar para asemejarnos más a él. En Hebreos 4:12 leemos: “La palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón”.

Debemos sentir un vivo deseo por estudiar la Palabra de Dios y aprender más de ella: “Desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación” (1 Pedro 2:2).

David, un hombre conforme al corazón de Dios (Hechos 13:22), entendió que la Palabra de Dios nos enseña la manera correcta de conducir nuestras vidas: “¿Con qué limpiará el joven su camino? Con guardar tu palabra . . . En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti” (Salmos 119:9, 11). David empleaba su tiempo en meditar acerca de los caminos de Dios y en cómo podía vivir de tal forma que

su vida le fuera más agradable a su Creador. Por eso escribió: “En tus mandamientos meditaré; consideraré tus caminos . . . ¡Oh, cuánto amo yo tu ley! Todo el día es ella mi meditación” (vers. 15, 97).

Servicios religiosos en el sábado

El sábado de Dios es una ocasión propicia para buscar la compañía de otras personas que comparten nuestras convicciones y para animarnos mutuamente: “Considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras; no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca” (Hebreos 10:24-25).

Se espera que los creyentes se congreguen para venir delante de Dios. Como acabamos de leer, no debemos dejar de congregarnos. El sábado es un día de “santa convocación” (también traducido como “reunión santa”, Levítico 23:3, Versión Popular). Dios ordena a su pueblo que se reúna en este día.

Es deber de los ministros de Dios enseñar a su pueblo y hacerle conocer los caminos de Dios. Pablo le dijo a Timoteo: “Te encarezco delante de Dios y del Señor Jesucristo . . . que prediques la palabra; que instes a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina” (2 Timoteo 4:1-2).

Como leímos anteriormente, la costumbre de Jesucristo y del apóstol Pablo era la de acudir a la sinagoga cada sábado para enseñar y compartir con aquellos que querían aprender los caminos de Dios. Por sus acciones (explicar la Palabra de Dios y hacer obras de misericordia), Jesucristo mostró siempre la manera correcta de guardar el sábado. En la actualidad el sábado es el día apropiado para suspender el trabajo y descansar de nuestras actividades cotidianas; es el día indicado para reunirnos con otros creyentes y adorar a Dios, para recibir instrucción sobre cómo vivir para mantener una correcta relación con él y, siempre que tengamos oportunidad, para hacer buenas obras que reflejen los principios divinos.

Cultivar una relación con Dios

Dios nos dice: “El séptimo día es reposo para el Eterno tu Dios; no hagas en él obra alguna” (Éxodo 20:10). Este versículo hace muy claro que el sábado no debemos hacer el trabajo normal y rutinario, porque

este es un día completamente diferente. En el antiguo Israel, bajo la administración nacional de las leyes de Dios, violar el sábado era tan grave que quien lo hiciera era condenado a muerte (Éxodo 31:14-16; 35:2).

Después de que Israel salió de Egipto, Dios resaltó la importancia de este mandamiento al proveer doble porción de maná en el día sexto y nada en el séptimo. Este milagro se repitió cada semana por 40 años (Éxodo 16:26, 35; Josué 5:12), o sea que ¡ocurrió más de 2.000 veces! Es evidente que el mandamiento del sábado es importante para Dios, y

El sábado en el mundo venidero

Dios creó el sábado para el hombre (Marcos 2:27) y vendrá un tiempo en el que toda la humanidad guardará el sábado de Dios.

La Biblia nos habla acerca de que el Reino de Dios va a ser establecido sobre la tierra cuando Jesucristo venga como “Rey de reyes y Señor de señores” (Apocalipsis 11:15; 19:11-16). Él reinará sobre todos los hijos de Dios, quienes serán transformados en seres espirituales al momento de la segunda venida de Cristo; con ellos regirá y gobernará sobre todas las naciones de la tierra (Salmos 22:27-28; 72:1-11; Daniel 2:34-35; Zacarías 14:8-9; Apocalipsis 5:10; 20:4).

En la época venidera las naciones serán regidas por las leyes de Dios (Jeremías 31:31-34; Miqueas 4:2; Isaías 2:2-3; Hebreos 8:7-13). Toda la humanidad aprenderá cómo guardar el sábado de Dios: “De mes en mes, y de sábado en sábado, vendrán todos a adorar delante de mí, dijo el Eterno” (Isaías 66:23).

Aun todos aquellos que nunca fueron parte de la nación física de Is-

rael guardarán el sábado: “Así dijo el Eterno: Guardad derecho, y haced justicia; porque cercana está mi salvación para venir, y mi justicia para manifestarse. Bienaventurado el hombre que hace esto, y el hijo de hombre que lo abraza; que guarda el sábado para no profanarlo, y que guarda su mano de hacer todo mal . . . A los eunucos que guarden mis sábados, y escojan lo que yo quiero, y abracen mi pacto, yo les daré lugar en mi casa y dentro de mis muros, y nombre mejor que el de hijos e hijas; nombre perpetuo les daré, que nunca perecerá. Y a los hijos de los extranjeros que sigan al Eterno para servirle, y que amen el nombre del Eterno para ser sus siervos; a todos los que guarden el sábado para no profanarlo, y abracen mi pacto, yo los llevaré a mi santo monte, y los recrearé en mi casa de oración” (Isaías 56:1-2, 4-7).

El sábado se menciona específicamente como parte del pacto que Dios va a establecer con todas las personas en ese entonces. □

él espera que lo obedezcamos. Si queremos mantener una relación adecuada con nuestro Creador, es necesario que guardemos el día que él ha santificado.

El sábado fue apartado como un día de adoración y descanso porque así lo necesitan los seres humanos. Un Dios que se preocupa por nuestro bienestar hasta el punto de proveernos con un día a la semana para nuestro descanso, es un Dios absolutamente maravilloso. Cuando guardamos el sábado como día especial de descanso y adoración en medio de este mundo agitado y turbulento, le mostramos a Dios cuán importante es él para nosotros, y al hacerlo recibiremos los beneficios de renovarnos física y espiritualmente. No rechazemos lo que Dios nos ha dado.

Con su ejemplo, Cristo nos enseñó la manera correcta de guardar el sábado. Nunca quiso que fuera un día gris y sin brillo, lleno de restricciones y prohibiciones con una lista detallada de lo que podía y no podía hacerse. Él empleó estas horas en deleitarse compartiendo con otros el gozo de la Palabra de Dios y su camino de vida, mostrándonos cómo en este día podemos fortalecer nuestra relación con Dios. Él se valió de este día para sanar, no sólo físicamente, sino también mental, emocional y espiritualmente. Fue un tiempo para ayudar y animar a los menos afortunados.

Jesucristo demostró que no había nada malo en hacer el bien en el día sábado y señaló que el mandamiento de Dios nunca lo había prohibido. En lugar de señalarnos lo que no podemos hacer, hizo resaltar lo que podemos y debemos hacer. Sus actividades en el sábado prefiguraron una edad venidera a la que él se refirió como el “Reino de Dios”, cuando toda la humanidad compartirá la sanidad, el gozo y la libertad que Dios ha prometido (Mateo 4:23; 9:35; Lucas 4:16-19; 9:11; 10:9). Cristo nos mostró que el sábado es un día de descanso físico y de fortalecimiento espiritual, un tiempo que debemos acoger con agrado, disfrutando de un descanso de nuestras labores rutinarias; es un día en que no debemos estar sumergidos en las preocupaciones y deberes habituales.

El propósito de los mandamientos de Dios

En su Palabra, Dios nos dice que sus mandamientos no son gravosos (1 Juan 5:3). No son arbitrarios ni sin razón; antes bien, fueron dados a la humanidad por un Dios de amor que en su infinita sabiduría y

conocimiento los promulgó (Isaías 55:8-9). Fueron dados a la humanidad con el fin de que todos aquellos que los obedecieran recibieran *benediciones* (Deuteronomio 4:40; 5:29, 33). Entre estos mandamientos se encuentra el sábado. Es un día de descanso y renovación dado al hombre por aquel que diseñó y creó la humanidad. Es un tiempo de restauración física, emocional y espiritual.

Dios sabía que nosotros necesitaríamos este tiempo para cultivar y fortalecer una correcta relación con él. Parte del mandamiento nos dice: “Seis días trabajarás, y harás toda tu obra” (Éxodo 20:9). Dios nos enseña que debemos ocuparnos de nuestros asuntos y afanes en los otros seis días, y que debemos tener tanto nuestra mente como nuestro tiempo dispuestos para adorarlo y obedecerlo guardando el sábado. Cuando estamos libres para poner toda nuestra atención en el camino de Dios y en el propósito que él tiene con nosotros, el sábado es realmente la bendición y la delicia que Dios quiere que sea (Isaías 58:13-14).

Cada séptimo día de la semana —cada sábado— debemos dejar de hacer nuestro trabajo y permitir que Dios trabaje en nosotros, cultivando y fortaleciendo nuestra relación con él. □

Si desea más información

Este folleto es una publicación de la Iglesia de Dios Unida, una Asociación Internacional. La Iglesia tiene ministros y congregaciones en México, Centro y Sudamérica, Europa, Asia, África, Australia, Canadá, el Caribe y los Estados Unidos.

Los orígenes de nuestra labor se remontan a la Iglesia que fundó Jesucristo en el siglo primero. La comisión de la Iglesia es proclamar el evangelio del Reino venidero de Dios en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones, enseñándoles a guardar todo lo que Cristo mandó (Mateo 24:14; 28:18-20).

Consultas personales

Jesús les mandó a sus seguidores que apacentaran sus ovejas (Juan 21:15-17). En cumplimiento de esta comisión, la Iglesia de Dios Unida tiene más de 300 congregaciones en 30 países, donde los creyentes se reúnen para recibir instrucción basada en las Sagradas Escrituras y para disfrutar del compañerismo cristiano. La Iglesia de Dios Unida se esfuerza por comprender y practicar fielmente el cristianismo tal como se revela en la Palabra de Dios. Nuestro deseo es dar a conocer el camino de Dios a quienes sinceramente buscan obedecer y adorar a Jesucristo.

Si usted desea hacer una consulta, bien sea sobre algún pasaje bíblico o sobre la vida cristiana, tendremos mu-

cho gusto en responderle. Además, si tiene interés en asistir a los servicios religiosos de la Iglesia de Dios Unida, será bienvenido.

Puede dirigir su correspondencia a cualquiera de nuestras direcciones. Nos dará mucho gusto servirle en todo lo que esté a nuestro alcance.

Absolutamente gratis

La Iglesia de Dios Unida ofrece todas sus publicaciones gratuitamente. Estamos profundamente agradecidos por los diezmos y ofrendas de los miembros de la Iglesia y de otros colaboradores que voluntariamente respaldan nuestra labor.

No solicitamos donativos al público. Sin embargo, aceptamos con gratitud el respaldo de personas que quieren compartir este mensaje de esperanza con otros. Para asegurar la integridad financiera, cada año sometemos nuestros libros de contabilidad a la revisión de una firma independiente de auditoría.

En el Internet

Si usted tiene computador personal y tiene acceso al Internet, puede recibir información general, publicaciones, noticias sobre la Iglesia de Dios Unida y otros datos de interés en varios idiomas.

Nuestra dirección electrónica es: <http://www.ucg.org/>.

Autor: Scott Ashley. Colaboradores: John Bald, Dixon Cartwright, Roger Foster, Bruce Gore, Paul Kieffer, Rod McQueen, John Meakin, Peter Moore, Peter Nathan, Brian Orchard, Gary Petty, Richard Thompson, Larry Walker, León Walker, Donald Ward, Lyle Welty, Dean Wilson.

Fotografía de la cubierta: PhotoDisc, Inc., 1994.

Direcciones:

ARGENTINA
Casilla 20, Sucursal 2
8000 Bahía Blanca, B.A.

BOLIVIA
Casilla 8193
Correo Central
La Paz

COLOMBIA
Apartado Aéreo 91727
Bogotá, D.C.

CHILE
Casilla 10384
Santiago

EL SALVADOR
Apartado Postal 2499
01101 San Salvador

ESTADOS UNIDOS
P.O. Box 458
Big Sandy, TX 75755-0458

GUATEMALA
Apartado Postal 1064
01901 Guatemala

MÉXICO
Apartado Postal 1675
64000 Monterrey, N.L.

PERÚ
Apartado 18-0766
Lima

